

MIYÓ VESTRINI

Órdenes *al corazón*

EDITORIAL BLANCA PANTIN
COLECCIÓN NARRATIVA

Caracas, 2001

ÓRDENES AL CORAZÓN

Miyó Vestrini

© Ernesto Llorens

© Editorial Blanca Pantin

Primera edición, 1996 (en coedición con Memorias de Altagracia)

Segunda edición, 2001

Depósito legal: lf252200180034

ISBN: 980-07-7262-6

Diseño de la colección: Estela Aganchul

Fotografía de cubierta: Luis Molina Pantin. *Escenario # 5*

(de la serie Inmobilia) 1997, fotografía a color.

Fotografía de contracubierta: Vasco Szinetar

Impresión: Grupo La Galaxia

Editorial Blanca Pantin

E-mail: fanor@telcel.net.ve - Telefax: 945 9872

Caracas - Venezuela, 2001

PRESENTACIÓN A LA SEGUNDA EDICIÓN

Fue con *Órdenes al corazón* cuando, en 1996, iniciamos una colección de narrativa que, para entonces, era una idea que apenas tomaba forma. La revelación de Elisa Maggi no admitía demora, tampoco duda: había encontrado entre los manuscritos de Miyó Vestrini un conjunto de relatos de los que la periodista y escritora le había hablado en esos meses que antecedieron a su muerte, en 1991. ¿Cómo dudar en publicar libro semejante? ¿Iniciar una colección con una voz como la voz de Vestrini? Como editora incipiente tenía claro el riesgo como motor de esa aventura. ¿Qué sentido tiene —me decía— no dar la cara por un autor, por un libro, si uno decide emprender un proyecto de esta naturaleza? Junto con *Memorias de Altagracia* asumimos el riesgo de editar y presentar ese año, en la Feria Internacional del Libro de Caracas, los relatos de Miyó Vestrini.

“*Órdenes al corazón* no puede dejar de constituir una molestia para el mundo convencional que nos devora”, escribió Silda Cordoliani en el prólogo de esa primera edición. “Leer a Miyó Vestrini no es fácil: provoca sed”, asevera Claudia Schvartz en el texto que introduce esta segunda

edición de *Órdenes al corazón*, el “vertiginoso libro de una condenada” que me complace y honra presentar.

Blanca Elena Pantin
Caracas, 2001

Prólogo a la segunda edición

APUNTES DE UNA EXTRANJERA

¿Pero cuál era el mundo de Susana San Juan? Esa fue una de las cosas que Pedro Páramo nunca llegó a saber.

Juan Rulfo

“...tomar decisiones era su debilidad, porque siempre eran decisiones equivocadas”. Sin embargo una decisión siempre es delicadísima de tomar para quien piensa que “un segundo representa lo definitivo, la totalidad del amor”.

Cosas así dicen o piensan los personajes de Miyó Vestrini (1938-1991) en *Órdenes al corazón*, un libro de relatos que dejó inconcluso, otra “decisión” última y sin retorno.

Y de qué decisiones habla esta mujer, incluyendo la de no detener al marido que la abandona por una amante, de no hacer nada sino estar en la cama, o cumpliendo paso a paso con el listado pegado en la puerta de la heladera, como ayuda memoria de lo que se necesita en casa... una casa que la abarca, pero donde la noción *cuerpo* la transforma en un ser atrapado por la inercia, que toma la decisión de no hacer nada, ni retener ni detener, puesto que todo es equívoco y se pregunta apenas qué desea, mera existencia a la deriva y como vaciada... “Un hambre clandestina”, condensa en mínima expresión la oralidad monstruosa de una mujer en su menopausia, que espera la definición clínica de una “protuberan-

cia" en "Todo el santo día", y mientras mira la televisión, la cama llena de migas, observa con agudo ojo de mujer acostumbrada al discurso político el desfile de mandatarios del mundo el día de la asunción de nuevas autoridades... hombres, finalmente -y del poder- ante los ojos valorativos de una mujer. Durante esta jornada de espera, ella piensa en la muerte, que es un modo de pensar el alcohol, el deseo, los hijos, la literatura francesa incluido el Marie Claire de su madre, figura capital de este universo literario... o la importancia de la actitud frente a la nevera abierta para el discernimiento de la diversidad cultural.

La pregunta "Qué hiciste todo el santo día" viene a poner "música de comiquitas" a la gravedad de la espera en que la protagonista recorrió el amplio abanico de un escenario sacrificial.

Pero fundamentalmente, Miyó Vestriini habla de audacia. La audacia de ser una mujer, con cabeza y cuerpo, capaz de reproducirse, de firmar sus escritos y de pensar políticamente. Pero cada una de estas capacidades plantea una pregunta, requiere decisión y nueva audacia. También para el suicidio, claro.

Leer a Miyó Vestriini no es fácil: provoca sed

Se la vuelve a leer y se encuentra claridad. Pero es fugaz, porque resurge siempre la voz de un debate con el cuerpo. Además, la trama de los cuentos parece latir. *Órdenes al corazón* es un libro álgido -como el frío de esa mujer que se cubre con cobijas a pesar del calor-, casi una trompeta

de sonido penetrante que va construyendo unos preciosos vacíos, unos silencios valiosos... es que los relatos de Miyó Vestriini son relativos al jazz.

Se trata de una escritura que obliga a seguir el rastro, a no perder ni un instante la atención. Y, como en ciertas obras musicales, hay acordes o pliegues que se repiten dando profundidad a la totalidad de los cuentos. Al mismo tiempo que los integran y complican, corren y recorren el centro de atención.

No es novedad que Miyó Vestriini era maestra en los engarces, basta leer *Las historias de Giovanna* o el poema "De letanías y pocas virtudes", de su libro *Pocas virtudes*. Esto nos obliga a leer con atención los poemas de *Valiente ciudadano*, que también dejó inédito. Entonces descubrimos, por ejemplo, que en muchos cuentos, aparece un personaje que sólo se nombra. Es Beatriz que, en el cuento "Órdenes al corazón", jura que hay una frase budista que cambia el karma y, si es repetida, produce pura alegría; la misma Beatriz que afirma "eres lenta porque tu signo es de tierra" en "El cielo del trópico"; y aunque evidentemente es digna de toda confianza, sólo es mencionada casualmente y al pasar. Sin embargo esta mención es un elemento que aporta también un matiz dramático. Beatriz es recurrencia -en "El mensaje" es sólo una voz *imperiosa y seca* (un sonido grave, de anuncio sostenido)-, que tiene algo de repetición irónica que calibra el tramado de los cuentos.

Ahora bien, en *Valiente Ciudadano*, el

poema titulado "Beatriz", a todas luces autobiográfico, habla de una mujer que "no quiso participar en la grotesca ceremonia del elogio a la decadencia" y por eso "se suicidó a los cincuenta y tres años" dejando una "lista de equivocaciones y aciertos". "La escritura es lo de menos, anotó, / y estampó su firma con letra pequeña, / para que creyeran que era apócrifa".

Beatriz la que teje, la escritora, la suicida, la que deja todo listo en precisa puesta en escena, es también la que urde la trampa. Después de todo, de profesión guionista y, como se comprueba en los cuentos de *Órdenes al corazón*, era eximio su manejo de la profundidad, amén de "ah, oh! la revolución. Y Barthes, Bataille, Aristarco, ¡ah, oh! la retórica italiana, la deliciosa posibilidad de escribir cosas que nadie entiende". A excepción de unos pocos y sobre todo de sí misma, la aracné Miyó/Beatriz. Desdoblamiento de la autora, que en "Órdenes al corazón" es también definida como "generosa y muy dada a la entrega", pero que quedó "en el camino, a medias, sin respaldo de nadie", y oponiéndose a la suerte feliz de Orlando, un hombre que se le asocia y que fue salvado "por el prestigio y el apoyo de una mujer"... otra, claro. Entre rápidas y agudas definiciones, la mujer se reconoce como la "bola de billar de un mal jugador", deseando la vida y la muerte y repitiendo "palabras de furia bien medida. A la medida de Dios".

¿Es, pues, una católica sin compasión frente a sus errores, dispuesta a cometer el peor de los pecados?

Ironía y audacia, sí, campean en los relatos de *Órdenes al corazón*, pero sobre todo inteligencia y honestidad. Su nítido ojo narrador se divierte en la trama (internamente, vertebrando narraciones entre sí y externamente, las vincula con los poemas) forjando, con la misma materia e intensidad, formas diferentes. Y lo que empezó como poema se vuelve prosa sin perder su condición de extrema densidad. Así leemos que los poemas "El mensaje" y "Órdenes al corazón", donde la autora advierte que la muerte une más que el matrimonio, se transformarán en prosas que respetan del original el franco erotismo y la voz masculina tras la cual se enmascara.

Se podría pensar que "Todo el santo día", relato inicial, de algún modo compendia al conjunto. También, que la totalidad de *Órdenes al corazón*, con sus pliegues internos o repeticiones actúa sobre el lector como un "acorde" de alta sensibilidad. Simultaneidad, múltiples niveles o temas todos igualmente sutiles arquitecturan un laberinto en el que MV se mueve sin perderse, dueña absoluta de los tempos, los cortes y sobre todo una audacia singular para reunir, imantar y dar textura poética a todo lo que escribe... "cuando naciste, hace cincuenta años, moría César Vallejo. Cuando tu cabecita, tu ombligo, tu piel rosada y lisa, tu cuquita virgen asomaba al mundo, metían en un hueco al poeta. Lo cubrían de tierra y tú venías cubierta de mierda". Este párrafo se encuentra casi idéntico en el poema "Un día

de la semana I" que termina, en cambio, "lo cubrían de tierra /y a ti, /te cubría la memoria".

Pero hay más ejemplos de este juego de espejos que dispone la autora, por ejemplo, en "Un día de la semana", dice: "Tiene un lunar rojo en el cuello. No sé cómo no lo había visto antes" y el lector sobresaltado reconoce ese lunar: es el que se menciona en "Eleonora": "Recordé el de Ana, rojo, en la nuca, escondido bajo los cabellos", recuerdo éste que decide al amante a abandonar a su compañera, a la que deja riendo suavemente, oliendo en su pelo la sangre menstrual, y que en la última línea dice, ambigua: "No te preocupes, cerraré bien la ventana".

Su lengua nace en la escucha.

"Es mi cuerpo lo que molesta. Estoy toda vertida hacia adentro, hacia sus ruidos y silencios". Y no pierde en ningún momento su alto voltaje. Puede ser ambigua, violenta, erótica... En sus cuentos hay cuerpo, es decir miedo, partos, comida, masturbación, risa, enfermedad, abuso y muerte súbita, olores... y dependencia.

"Te lo dije mil veces: dejar de beber a tu edad es un suicidio. El problema no es el alcohol en sí. Es la relación que hay entre tú y lo que te rodea. Sin alcohol no hay relación. Con nada". Es una presencia *dura* la del alcohol, que se reitera a lo largo del libro. "Cuando todo terminó, cambié las sesiones por grandes bebederas solitarias. Es normal, fue el comentario cortés del psiquiatra. Así que continúe", escribe en el magistral "Un día

de la semana". "Alcohólicos Anónimos, ¿estás loca? ¿Sabes lo que van a hacerte? Relacionarte con el más grande de todos los alcohólicos: Dios", escribe audazmente en "El cielo del trópico". Y en "La mujer que hablaba sola": "el aliento cargado de cerveza y gruñidos" reúne el alcohol en la ecuación de los cincuenta años. Menopausia: imperdonable retracción o súbita ausencia de dirección. Ese desconuelo ¿es culpa? que en este cuento se suma a la dolorosa cuestión del hijo, eje reiterado en el mundo de Vestriini.

Sin embargo, parece que el alcohol está imbricado en el modo mismo de narrar, como si se tratara de una irónica apuesta con Fernando, el barman alcohólico que compone rimas en "Todo el santo día": hacer creer al lector que se trata de la obra confusa de una borracha... para reírse sola —nadie ha comprendido, extranjera al fin, máscara de la solitaria.

O tal vez la clave haya que buscarla en el discurso de transmisión de mando de la República del Este, que dio en Caracas, en mayo de 1976. Dijo: "Desconfiar de nosotros mismos, es perderlos". Y no es confianza en su escritura lo que le faltó a esta creadora.

Los hijos tienen una presencia fuerte en el universo de Miyó Vestriini, que computa en uno de sus poemas dos partos y diez abortos y ningún orgasmo.

Los hijos parecen sustraerse de la presencia de la madre y caen en pesado silencio bajo la

égida de la institución (ya sea el psiquiatra, la cárcel, el padre) y ven a la madre como un ser que pesa, intraducible, aislable. La pena doble que registra este opaco encuentro, en que hijo y madre se observan, es uno de los temas más lacerantes del libro. Consciente de su soledad, abandonado, "Una mañana se levantó sorprendido por la calma que reinaba en la casa. No había nadie. El niño rondó por las habitaciones con los pies desnudos y la mirada que se agrandaba cada vez más y más. En puntillas apenas alcanzó el lavamanos y vio un mechón de pelo en el espejo", el hijo -Juan Pedro, de "La mujer que hablaba sola" y "Un día de la semana" o Boris de "Todo el santo día", cuyo cuero cabelludo lleva inscrita una cicatriz que definirá de allí en más la relación con la madre- es figura del encierro, del rechazo. Esta idea, ligada nuevamente a la del cuerpo "decadente" de la menopausia, delinea un fracaso asfixiante. "Hasta ahora, le he contado miles de historias. Y todavía no ha descubierto cuál es la verdadera... de eso depende el informe favorable... Cuando Juan Pedro y su padre lo leen, me invitan a almorzar. Y hablamos de política, que eso es lo que me gusta, dicen". Esta situación sin salida, de aislamiento pavoroso, donde ni siquiera puede elegir los temas de la conversación y aún peor, sus gustos personales, impera en la narrativa de Vestri ni donde no faltan personajes que alimentan una abulia profunda y son incapaces de defender su deseo. Con los hijos hay una relación "intervinida".

Una dimensión política está imbricada en la estructura misma de esta lengua española, adoptada -como ella lo es- por Vestri ni, el pintor, segundo marido de su madre y cuyo apellido usará como pseudónimo en lugar del Fauvelles legítimo -"hablen y escriban oscuro y dejarán de ser indios"- que la opone al francés, su primera lengua, que aparece casi siempre en relación a esa madre de horribles cantinelas discriminatorias, que la autora describe con la "petitesse" de la burguesa de provincia. "No quiero morir pareciéndome a mi madre", escribe. Sin embargo algo del odio, espejo tan asfixiante, parece haberla alcanzado. "Levanté la voz. Sé que nunca debo hacerlo, porque no logro detenerme. Mi voz sale y se devuelve. Me amarra y se marcha. Ella queda afuera, viéndome, y yo hablo, me reviento los oídos y la lengua, hasta que regresa y me calla, atravesada en mi garganta".

Por momentos parece que esa madre de la infancia, atada a las normas, lectora del Marie Claire, cultora de la tradición en la mesa y de los buenos modales, indiferente hasta la crueldad, la que hace callar el canto de la niña durante un viaje, uniformándola en el miedo, parece haber ganado la partida, finalmente.

"¿Cómo sonará mi voz?" se pregunta en "Tijeretazo". Y un poco más adelante, en el mismo cuento, "Antes era fácil. Imaginaba mi memoria y me echaba a andar". Pero en la ambigüedad de "Sinceramente tuya" parece haber una clave de la relación con esta mujer dominante, que signó

la entrada de Miyó Vestrini en el mundo latinoamericano y su relación con el idioma español.

Lo indudablemente grande de MV es la inteligencia con que estructura esos cuentos: precisión para pensar los cortes, climas de gran densidad, complejidad de los temas, multiplicidad de texturas y planos que reverberan unos sobre otros.

Uno de los cuentos, "Un día de la semana", que tiene dos versiones poéticas en *Valiente ciudadano*, es un hito: sutil, político, íntimo. La escena sucede durante una cola en un supermercado tomado. La mujer quiere comprar papel higiénico. El sol del mediodía cae sobre la gente. Ese presente se entreteje con un relampagueo de la memoria que va completando una historia trágica, un triángulo entre dos adolescentes y la madre del muchacho, historia de marginación y soledad, que incluye el delirio criminal y se completa en ese presente de borde político. Todo es irrisorio, parece decir Vestrini, especialmente la vida, especialmente el amor. Todo está aquí destinado a la traición y el desprecio. El sordo desconsuelo de la historia la haría ilegible, pero la maestría de la autora al conjugar los planos mediante precisos cortes hace de éste uno de los más brillantes y terribles cuentos (*Las historias de Giovanna* muestran la misma habilidad en ese recurso).

Una mujer que escribe tras máscara an-drógina "Cuando terminé, se escurrió hacia el suelo como un pañuelo de seda" ha encontrado una

precisa metáfora para describir el orgasmo. Tanto en "El mensaje" como en "El día que enloqueció mi mujer", "Indicaciones", "La reja cerrada", "El sueño" y "Castor", la autora habla del deseo, del amor y el cuerpo, de la vida.

Entonces aparecen el humor y —lisa y llanamente—, el erotismo y la belleza. La escritora, en fin, va más allá de la confesión, escribe con el material de su vida y la trasciende, con escritura impecable, pregnante.

Resonancias, ecos, parpadeos... aquí todo forma parte de un único cuerpo, totalidad "en relación" casi explosiva. Porque se trata de una mujer escribiendo desde el fragor de su cuerpo, sin perder el hilo de sus tantas voces, como quien hace equilibrio sobre un volcán en erupción. Tensa y extrema, saca conclusiones con ritmo alucinante, sin perder la seriedad ni la frontalidad. Porque no hay que olvidar que *Órdenes al corazón* es el vertiginoso libro de una condenada, una mujer que sabe sus horas contadas, pero que, como Casandra, anuncia un destino que nadie escucha. Y que esta mujer es una poeta.

Claudia Schwartz
Buenos Aires, 2000

PRESENTACIÓN A LA PRIMERA EDICIÓN

Junto con los originales del último libro de Miyó Vestrini, *Valiente ciudadano*, encontré el conjunto de relatos que hoy conforman este libro. Yo sabía por confidencias de Miyó que, paralelo a su trabajo como guionista de TV, la había “tentado” el género narrativo y por tanto, “con mucho miedo”, estaba escribiendo estos cuentos. Éstos son. No estaban organizados como libro: yo seleccioné los textos, en algunos casos entre varias versiones; titulé algunos, siempre utilizando la primera palabra o frase o una muy evidente; los ordené cronológicamente según estimaciones mías. Esa pequeña tarea, la cual, les aseguro no tocó formas, estilo o contenido, la extendí a la búsqueda de editor.

Sin ninguna pretensión crítica, creo en estos cuentos; por ellos caminan los fantasmas de Miyó, los mismos fantasmas de un tiempo, de una generación, de nuestra realidad femenina.

A los editores les agradezco su fe, entusiasmo y responsabilidad profesional. A Silda Cordoliani, las opiniones más lúcidas sobre la obra de Miyó. A Miyó, mi amiga, las eternas gracias.

Elisa Maggi
Caracas, 1996

Prólogo a la primera edición

MIYÓ VESTRINI O UN ESFUERZO
DESMESURADO DEL CORAZÓN

A nadie podría sorprender que Miyó Vestrini nos dejara esta serie de relatos. Desde *Las historias de Giovanna*, su primer libro publicado, se nos venía presagiando una narradora que en verdad nunca abandonó definitivamente a la poeta de *El invierno próximo*, *Pocas virtudes*, y su también póstumo *Valiente ciudadano*. Asimismo, las crónicas aparecidas en *La Revista* de *El Diario de Caracas* entre 1991 y 1992, nos hablaban no sólo de una hábil y experimentada periodista, también de una excelente escritora diestra en el arte de narrar.

Órdenes al corazón no es exactamente un libro de cuentos, es más bien un solo relato fragmentado sobre el reducido mundo íntimo de una mujer: desamparado y obsesivo, apasionado y mordaz. Mundo por lo demás igualmente presente (o presentido) en toda su poesía. Y es que la obra de algunos escritores resulta a veces, en perspectiva, una suerte de largo y estremecedor epitafio.

Miyó Vestrini decide por fin deshacerse por completo de la oblicuidad que caracteriza a la palabra poética, para ser otra vez capaz de exorcizar la crueldad de la vida manejando abiertamente las técnicas y recursos de la narrativa.

Con frecuencia las mujeres que narran, aun inconscientemente, se esfuerzan por obtener esa "androginia" literaria de la que hablaba Virginia Woolf. Cierta recelo a ser clasificadas bajo el signo de su sexo las acompaña, no sin razón en estos días cuando una estrecha y permisiva "crítica feminista" parece valorar por sobre la propia literatura una realidad social que (ya nadie lo ignora) ha subyugado a la mujer durante siglos. No es éste el caso de la autora de *Órdenes al corazón*, cuya aguda y cultivada conciencia política la convirtió en una de las intelectuales venezolanas más valientes y combativas con la palabra, teniendo presente no obstante que se trata de identificar "la causa con el poema, en lugar de identificar el poema con la causa", como diría Harold Bloom¹.

De la misma manera que nunca pudo obviar en su obra los problemas sociales que la rodeaban, tampoco podía hacerlo con los de su propia condición femenina. Honradez y sinceridad, dos cualidades que suele reclamársele a la obra literaria, por no decir a la obra artística en general, desarmen al lector de este libro. Si algunos relatos como "Todo el santo día" y "Un día de la semana" ponen en evidencia momentos muy concretos y determinantes para la vida nacional, el libro en su totalidad —al igual que su poesía, según lo afirma Julio Miranda²— es veraz testimonio de una expresa voz (y/o sentir) femenina (evidente inclusive en aquellos textos narrados por el hombre de la pareja: "Eleonora", "El mensaje" y "El día que mi mujer enloqueció"). Una voz que

asume con absoluta conciencia su singularidad como mujer, tan cáustica y cuestionadora como la que en 1979 criticara abiertamente a un país (a sus intelectuales) feliz en su ignorancia de una realidad que ya había cambiado al mundo: "En fin, nadie ríe ya de las feministas, salvo en Venezuela"³.

¿Pero cuándo la literatura (en este caso específico, la hecha por mujeres) cruza realmente la brecha de las parcelas y deja (o debiera de dejar) de tener apelativos? Entre las varias respuestas posibles, una parece bastante sencilla: cuando la condición dictada por sexo, raza u otras circunstancias comienza a perder relevancia, a desdibujarse para un lector que ya sólo es capaz de atender a las emociones que el texto le comunica. *Órdenes al corazón* es un magnífico ejemplo para probarlo. Relaciones conflictivas, incomunicación, vejez, enfermedad, desarraigo, culpa, dolor, muerte inevitable, adquieren en este libro dimensiones que sobrepasan cualquier particularidad sexual, no obstante presentarse como temas obviamente tamizados por una experiencia y una formación exclusivas del ser femenino.

Es así como los eternos y únicos temas de la vida y de la literatura pueden ofrecer nuevos matices en voces de mujeres. En este caso Miyó Vestri se arriesga exponiendo la relación con la madre como extremo y doloroso antagonismo ("No quiero morirme pareciéndome a mi madre"); con el hijo como culpa ("la tercera víctima"); con el propio cuerpo como una condena ("La mens-

truación es una porquería”), aun antes de la inexorable transformación: su pérdida de atractivo, “su miseria de 50 años”. Curioso delator también de unos impuestos y conflictivos patrones femeninos resulta la insistencia sobre el tema del alcohol en estos textos; al presentarse como punto de discusión, más que dependencia o costumbre o, inclusive, fórmula para soportar la dura existencia, pareciera encubrirse aquí otra suerte de culpa, de pecado sin posibilidad de expiación. Pero más allá de estas vueltas de tuerca nos vamos a encontrar con fragmentos, o relatos enteros, en los que se exhibe con explícita crudeza a la mujer como ser subordinado y violentado: “El portero me dice señora Eugenia y a él, doctor Ricardo. Manejamos las mismas máquinas, pero yo no parezco ingeniero.” (“No me alcanza el tiempo”); (Ella y Orlando...) “Se parecían y no se llegaron a caer bien. A él lo salvó el prestigio y el apoyo de una mujer. Ella se quedó en el camino, a medias, sin respaldo de nadie.” (“Órdenes al corazón”); “Y el abuelo se aprovechaba. Viejo puerco, ése.” (“Todo el santo día” y “El cielo del trópico”); “Ya no le ardía el golpe. El lo había lanzado con fuerza, botando sus gruesos anteojos de miope y riéndose luego de sus súplicas.” (“La decisión”).

Pero la narrativa es mucho más que anécdota, ella reclama un estilo capaz de hacer sucumbir al lector en ese mundo que pretende comunicar, compartir. El estilo de Miyó Vestrini no puede ser más apropiado a sus temas, o mejor dicho, *Órdenes al corazón* confirma una vez más que forma y

fondo son uno solo en la buena literatura. Lenguaje directo, descarnado, alejado con intención de toda metáfora: economía de palabras que muchas veces puede proporcionarle al texto, tal como aquí sucede, una gran dosis de cinismo que termina reforzando la crueldad de sus historias. Se trata en fin de un tipo de austeridad narrativa que nos recuerda a Raymond Carver, uno de sus autores más estimados. La aproximan a él asimismo el aprecio por nimios detalles de la cotidianidad, por ambientes cerrados y pesimistas, donde las palabras no pronunciadas adquieren más valor que lo dicho (baste como ejemplo el significativo “Castor”), tanto como por uno de los argumentos favoritos del escritor norteamericano: la pareja (motivo único de las crónicas de *La Revista de El Diario de Caracas* ya mencionadas).

Existe por otra parte en *Órdenes al corazón* una peculiaridad que es la que nos permite apreciarlo como un solo relato fragmentado: una suerte de doble trama que al tiempo de ofrecer anécdotas independientes, ejes de cada relato, nos involucra también con una conciencia narrativa común y compartida por casi todos los textos. De allí que algunas veces nos encontremos con frases idénticas, con situaciones, recuerdos o disertaciones similares o reiteradas. Es como si estuvieran siempre enfrentándose y, por supuesto, complementándose, dos historias, una de ellas mantenida a lo largo del libro, la otra azarosa, eventual. Peculiaridad ésta que por lo demás nos permite fantasear con la existencia de una probable corres-

pondencia en la vida y obra de Miyó Vestriini, esa angustia, esa inquietud persistente e incómoda de pertenencia a dos culturas que pareciera no haber podido nunca reconciliar plenamente: "Oui maman... Me encerraba cuando había fiesta en la plaza, porque, claro, qué iba a hacer una niña como yo en medio de aquellos indios" ("El cielo del trópico").

Literatura en el más estricto sentido de la palabra, pero también doloroso testimonio de una vida de mujer nada fácil, *Órdenes al corazón* no puede dejar de constituir una molestia para el mundo convencional que nos devora. Baste el texto que le da título al libro, baste "Gracias" para comprobar que con demasiada frecuencia estamos equivocados.

Silda Cordoliani
Caracas, 1996

1. *El canon occidental*, Editorial Anagrama, Barcelona (España), 1995.

2. "... una poesía declaradamente enunciada por una mujer...", en prólogo a Miyó Vestriini. *Todos los poemas*, Monte Avila Editores, Caracas, 1994.

3. *Sonia Pérez más que la hija de un presidente, habla con Miyó Vestriini*, Editorial Ateneo de Caracas, Caracas, 1979.

LA REPÚBLICA DEL AMOR

Miyó Vestriini. Discurso en el acto de transmisión de mando de la República del Este, Caracas, mayo 1976.

Cada día se hace más difícil amar. Cada día, es más complicado dejarse amar. Por eso, pienso que esta noche debemos recuperar y para siempre, la capacidad de amar. Mientras más elemental, más telúrico, más llano sea ese amor, más república seremos. En el amor, como en todos los asuntos humanos, el entendimiento cordial siempre es el resultado de un malentendido, decía Baudelaire. Y si para ese comunero infernal el amor fue difícil, la locura espléndida, y la violencia desmedida, para nosotros no puede ser menos. Yo, presidente de la Comuna, les advierto: sólo se aceptará el reclamo legítimo del amor insobornable. Sólo se escuchará la voz terrible y dulce del afecto y la ternura. Entiéndanlo bien, republicanos: deben olvidar el poder, porque el poder está en manos de un tirano maravilloso, loco, payaso, espléndido. Y si él traiciona, todos habremos traicionado. Si él claudica, todos habremos claudicado. Es nuestro riesgo. Sé que a veces y sobre todo ahora, en un país que nos atormenta con su ruidoso desorden, con su vulgaridad mercenaria, la violencia ronda y muerde. Como buena comunera, conozco el tumulto, los gritos, la incontenible furia de los eternos humillados o el simple y solitario llanto en

la barra de un bar. Pero sé también, porque lo he aprendido de ustedes, que el amor nos une en torno a este necio tirano, es más poderoso que la muerte, que todo olvido. Si los imbéciles que observan y juzgan a la República del Este desde sus pulcras y hermosas habitaciones supieran cuánto nos amamos, cuán cómplices somos, comprenderían cómo es de hermoso el mundo para nosotros, pese a sus miserables vivencias cotidianas. Del amor y sólo del amor quiere hablar la comuna. Del amor pasado y del amor presente. De la gran risa amable de Manuel Alfredo. Del grito de alegría de Rubén porque está escribiendo. De la tímida voz de Mariana al esquivar a un borracho. De los inefables chistes de Ramón. De la mirada de Aquiles cuando se siente solo. De la brillante tos de Adriano. De la elocuencia medieval de Alfonso. De los admirables y dulces silencios de Elías. De la voz de Gisela cantando a Tito. Del paraje andino, nublado y solitario en los ojos de Orlando. De la solidaridad de junio. ¡Poetas, escritores, borrachos, traidores, locos, burgueses, chancleteros, cuántas etiquetas llevamos a cuesta! Pero la comuna les dice: sepamos vivir juntos, tristes o feroces, alegres o solitarios, pero juntos, amparados por un tirano que nos ama más que a su propia vida. Aprendamos a defender nuestro derecho al sueño, a la locura, al amor pleno y estallante. Desconfiar de nosotros mismos, es perdernos. La comuna estará en la calle, en los bares, en los más remotos rincones de esta cruel ciudad y de este duro país, para saludarte tirano, porque, un día "vendrá la muerte y tendrá tus ojos..."

Órdenes al corazón

TODO EL SANTO DÍA

Los cadetes saludan, firmes, descansan, sable arriba, sable abajo, arrrrrr, grita el oficial a cargo y nunca termina la frase. Desde las seis de la mañana no ha dejado de sonar el himno. Una y otra vez, con el gloria en el medio, la América al final. Habitualmente, lo tocan cuatro veces en cadena. Lo sé porque siempre tengo hambre a esa hora y el himno me indica que debo comer. Se ha vuelto un reflejo condicionado: gloria al bravo pueblo y corro al refrigerador, abajo cadenas y engullo lo que encuentro. Todos mis excesos en materia de comida se los debo a los símbolos patrios y el vencido yugo de mierda.

Los presidentes llegan con pasitos torpes, siguiendo la alfombra roja. Cabellos laqueados y erizados por el viento que sopla en ráfagas desde el mar. Detrás de los aviones, trato de descubrir la silueta del edificio, con su piscina helada y llena de cloro. A esa hora, Rodolfo y Florencia podan matas, limpian pasillos, espían a inquilinos de paso. Crían gatos perdidos que parecen ratas y anidan en los huecos de los aires acondicionados. Me sigue con su mirada de zorro cuando voy dando brincos sobre el piso caliente del estaciona-

miento para ir a la piscina. En la pared de la cocina quedaron las tallas de los muchachos: ¿verdad que estoy creciendo tía?, me preguntaba Pablo cada fin de semana.

Pero el edificio no se ve desde ese ángulo de la cámara. Ahí viene, ahí viene, señor González, poncha, es el presidente, estamos en el aire, cierra pana, cierra, nos están oyendo, Felipe González, señores, está arribando en estos momentos. Felipillo, piquito de oro, le dice una amiga mía y pone los ojos entrecerrados, como si él la estuviera montando, pujoso, ensalivándole la barbilla, que vengo, que vengo, mujer. Juro que ella se lo cree. Que un día ocurrirá. Debe estar pegada al televisor, detallando el traje, las manos, el mechón. Viene aburrido el Felipe, y dale con los mismo, ¿qué opina de la deuda?, coño que ya lo he dicho mil veces, ¿qué le aconseja al nuevo presidente?, para consejos estoy yo, y camina con desgano, plaf, plaf, un pasito tras otro, sonríe, pónchalo, frente, perfil, breve sonrisa y los ojos ausentes, maldiciendo el protocolo y los besitos húmedos de las damas.

Balbucesos del locutor. Suárez, no vale, Soares, sí, Soares el presidente de Portugal, señores, está llegando a nuestro país, un momento único en nuestra democracia, esta gran jornada patriótica, por aquí, por aquí, veremos si es posible entrevistarlo. Estamos casi en abril, pero ya nadie recuerda nada de la primavera, los claveles, la emoción. ¡Qué va!, esa es historia antigua, dice Boris cuando le hablan de revoluciones. Qué Ni-

caragua, ni qué Cuba, y sus enormes ojos miopes pestañean en sucesivos mensajes más deleitosos, posmo, bonche, sentimientos, sucedáneos. Pavas y gays, la única y verdadera revolución. Me gustaría ver sus ojos llenos de lágrimas alguna vez. Como cuando era niño y me tocó llevarlo a una clínica para que le cosieran el cuero cabelludo. Yo, trágica. El, silencioso y resignado. Boris, una sonrisita, le dije, y la enfermera ácida me increpó, "señora, la cosa no está para que el niño sonría". Creo que a partir de ese día no nos entendimos más y comencé a fastidiarme con las minorías. Boris creció y nunca le pedí que me mostrara la cicatriz.

La cama está en desorden. Siento los pliegues de la sábana que me lastiman la espalda y las almohadas ahuecadas con el peso de mi cabeza. Creo que así comenzaba la novela de la serie negra, viejísima. El tipo se debatía entre borrachera y trona, entrecerrando los ojos para no ver la luz del mediodía. Ese no es mi problema: las cortinas azul marino no dejan pasar ni un rayo. Cuando me empaté con Roberto, me dijo: júrame que no comes en la cama. Es horrible, es degradante. Anoche devoré dos sandwiches en medio del caos de sábanas, almohadas y colcha. Un hambre clandestina, después del maratón de ayunos, baticas blancas abiertas por detrás, exámenes y pinchazos. Pan integral con lonjas de pavo. Las migas ruedan bajo mi espalda. Degradante. Quito los ojos de la pantalla y veo las uñas de mis pies, limpias y lijadas. Las rodillas un poco alemanas,

pero no tanto, y la cosita. Tantos años y le sigo diciendo la cosita. Pulcra de tanto jabón iodado. Lavada y relavada, una isla con olor a yodo. Toco la pelota. Protuberancia inquietante. Herpes o verruga o tumor maligno, malévolos. Cáncer, coño, di la palabra. Roberto y su bata verde y su voz de trueno. Soy médico y sé lo que te digo. Y no me vengas con eso de que la cosita es más propicia a que le entren hongos, bichos, bacterias, mierda, mientras que a nosotros nada. Ven acá, mocosa. Los brazos de Roberto pasan debajo de la bata abierta que deja asomar mi culito y me manosea con afecto casi paternal. No odies tu cosita, ahora menos que nunca.

Un gran día, una victoria para la democracia. Un país que da el ejemplo. Todos estos mandatarios presentes evidencian el prestigio de nuestro país. Y más país. ¿Cuántos adjetivos más le van a prodigar? Por favor presidente, unas palabras, ¡crash!, ¡plum!, ¡el cable pana!, ¡no empujen!, como pueden observar, es im-po-si-ble, imposible acercarnos al presidente. Pero continuaremos haciendo este esfuerzo sin precedentes en la historia de la televisión nacional, democracia 89, poncha, ahí viene, cierra. Nariz aplastada contra la almohada, almohada encima de la cabeza, peso de la colcha, mocos y lágrimas mojando las sábanas. Lágrimas no. Lo que quieras, pero lágrimas no. Vístete y vamos a tomar un trago. Con la cosita llena de pomada de los exámenes acompaña a Roberto. Cincuenta años, ¿cómo se mide eso? le pregunto después de tres vodkas con aguakina, limón y

papas fritas. Fácil. Cuando naciste, hace cincuenta años, moría César Vallejo. Cuando tu cabecita, tu piel rosada, tu ombligo, tu cosita virgen asomaban entre las piernas de tu madre, al poeta lo metían en un hueco. Tú llegabas cubierta de mierda y sangre y él comenzaba a masticar tierra. Ése es el tiempo de tus cincuenta años. Nunca sentí tanto miedo. Más que a la protuberancia, más que a las arañas, más que a las alturas. El tiempo de Vallejo más el mío, no significa nada. Un espacio entre alumbramientos y muertes. Fernando, el mesonero, me trae aceitunas con anchoas. ¿Otro trago? Me tiembla la mano cuando me lo llevo a la boca.

El sarampionoso periodista recién graduado corre de un lado a otro por la pista. Mastica el aire y jadea, tratando de no equivocarse. El presidente de Guyana y el de Guatemala, los aviones patinan frente a las alfombras. Cada presidente de esos trae algún secreto, alguna manipulación vergonzosa y se reirán a puertas cerradas, a carcajadas, con los vientres sacudidos por la gracia. Apenas son las nueve y la ceremonia comienza a las doce. Y ya arrancó el niño del violín. Bruto y tozudo. Nunca le he visto la cara, pero lo imagino mofletudo, la boca entreabierta, los dientes salidos, olorosos a pólipos y amígdalas inflamadas, un enorme callo en la barbilla. Dale con la escala, gangosa, rasposa, babosa. Papá aplaudiendo. El ministro de la cultura aplaudiendo. ¡El niño genio del violín! Y uno aquí mortificado, jodido, dice el español del piso superior, oyendo ocho

horas diarias ñaaa, ñiiii, ñoooo. No debe enfurecerse porque eso estimula los humores negros, me dijo la enfermera tras un infructuoso quinto pinchazo buscando la vena. El cadete de la extrema izquierda, el último de la fila, está tan tieso que veo cómo le tiemblan las piernas. La gorra le tapa los ojos, pero el bulto es arrogante. Cuando Enrique entró en escena, traía un blue jean limpio, impecable, recién planchado. Y le vi el bulto, bien diseñado, uniforme. Puro relleno. La cámara le enfoca y aprovecho para guiñarle el ojo, señalando el bulto. Ni siquiera pestañea y dice su parlamento como si nada. Pero está furioso. Se la cobra en la siguiente escena. Cuando grito, ¡Dios mío!, está muerta... ¿qué hiciste?... y levanto los ojos perfectamente bizcos. No puedo resistirlo y caigo riendo a carcajadas, sobre el cuerpo de Inés quien se levanta histérica con el merthiolate chorreando por las mejillas. Corten, coño, corten, ¿qué se han creído? Enrique muy digno, salió de escena. Y no me creyeron. El bulto del cadete parece relleno también. Pero no, seguro que a los militares no los dejan cometer pendejadas como a Enrique.

Fidel viene caminando, aburrido también, y hace una leve inclinación frente al batallón de guardia. Los soldados lo miran indiferentes, como si no fuera con ellos. El locutor aprovecha para recordar una vez más las bondades de las democracias, ignorando los histéricos carteles de bienvenida al caballo. El salvador, el mesías. Los años sesenta, ¡ah, oh! París, la nouvelle vague, le nouveau roman, el nuevo hombre, todo nuevo. Hiroshima

mon amour ¡ah, oh!, y los latinos cagados de estupor, todos al Idhec, todos a leer Le Monde, a hospedarse en el quartier, ¡ah, oh! la revolución. Y Barthes, Bataille, Aristarco, ¡ah, oh! la retórica italiana, la deliciosa posibilidad de escribir cosas que nadie entiende. La acartonada Sorbona de mis amores: hablen y escriban oscuro y dejarán de ser indios. Y nos trajimos el paquete bien envuelto, con todo el mierdero adentro. Ni siquiera fue un sueño. De haberlo sido, habría ocurrido como en el verso de Laforgue que me recitó Juan mientras mirábamos caer el aguacero: *J'ai tellement rêvé, que je ne suis plus d'ici*. El único graffiti válido que quedó de todo aquello es el que leí hace poco en un muro: "Si ves a un negro soñando, no lo despiertes: a lo mejor está soñando que es blanco".

Pasa el caballo. Y el mofletudo de Costa Rica, la suiza de América, insiste el comentarista, una suiza con Premio Nobel y todo. El país, el continente, un vómito de estómagos vacíos, tantas pelotas de premios y hambre y ferocidad, farsante, levántate y piensa en tu pelota. Sacude la cama, abre la ventana y recoge el periódico. La pantalla parpadea y cargo con la protuberancia. Si la sigues manoseando, advirtió Roberto, se va a infectar. Y por Dios, ¡deja de untarla con yodo! ¿De dónde sacaste esas virtudes curativas del yodo? Me voy a la cocina. Trayecto interminable, arrastrando los pies, fragor de pánico en la garganta. La cocina está llena de luz. Dejé todo limpio ayer antes de ir a la clínica. La voz de la niña en el

pasillo, justo debajo de la ventana, me agarra desprevenida, oui maman. Campana de perro. Y la madre, mais non, enfin tu sais bien que... Maman essaie de comprendre, se pierden las voces en el edificio, vestíbulo adentro, oscuro y fresco. Familias del Metro, le dicen a todos esos franceses que tratan de pasar desapercibidos en medio de lo que consideran caótico. Palabras que chirrian. Eso decía mi madre, tu me fais grincer les dents. Nada parecido a lo de la Duras en Hiroshima: tu me tues, tu me fais du bien. Mamá lo repetía en voz alta, en francés, para avergonzarme ante aquellos niños del pueblo, brutos, sucios, mal educados. Pobladores de un nuevo mundo, ¡qué tontería!, son unos pobres indios, alardeaba con su gaulois ácido y repulsivo. Cuando había fiesta en la plaza, me encerraba, porque claro, qué iba a hacer una niña educada como yo en medio de esa chusma. Y el abuelo se aprovechaba. Viejo puerco, ése.

El Teatro Teresa Carreño es digno testigo de este acto único, sin precedentes en las democracias latinoamericanas. En estos momentos, el presidente electo recibe la banda del saliente, ¡qué momento señores!, ¡qué momento! Ahora, hablará el nuevo presidente. Compatriotas... Abro la nevera. El cuñado de Elisa, un taimado norteamericano, siempre ido por la fumadera de hierba, estaba a punto de regresar a Minnesota y todos le preguntamos qué le había llamado la atención de este hermoso país. Se quedó pensando un rato, con sus ojos verdes mirándonos sin vernos, buenísimo estaba el gringo, y nos dijo: "Esa costum-

bre tan rara que tienen ustedes de abrir la puerta del refrigerador y quedarse mirando adentro, sin decir nada, como pensando en otra cosa". ¿Qué tiene eso de raro? Pues no sé, en Norteamérica no lo hacemos, gasta mucha energía y no tiene sentido. El gringo vive en una región donde la nieve llega a dos metros de altura. ¿Para qué va a abrir el refrigerador? Estoy viendo la leche descremada de larga duración, el jamón cuidadosamente envuelto para que no se reseque, el melón idem, el queso idem. Pulcro y lleno el refrigerador. La lata de cerveza tiene los bordes llenos de escarcha. La más fría que tenga, dice Roberto cuando le preguntan qué marca desea. No permitió que asistiera a sesiones de alcohólicos anónimos. ¿Estás loca? No todo el mundo muere porque bebe ¿sabes? Los sanos de cuerpo y espíritu son los verdaderos dependientes. Corren por los parques, llegan a sus trabajos serviciales y eficientes, respiran y sudan acompasadamente, copulan los sábados como Dios manda y convierten la defecación en un ritual. ¿Sabías que el oxígeno atonta? El cerebro les queda embrumado. La dependencia alcohólica es en realidad la verdadera libertad. Coño, Roberto, cállate. Me iba volviendo loca. No cejó un instante hasta que olvidé el asunto de Alcohólicos Anónimos. Descubrí que la solución era no pensar en ello. Si es una enfermedad, como la protuberancia, puede ser grave o benigna. Roberto me dispara sus peroratas pro-alcohólicas desde el viejo sillón de cuero y madera. El ruido del hielo en

su copa me llena la boca de saliva. La cerveza es deprimente. La vierto en el lavadero.

Serán momentos difíciles. Momentos de grandes sacrificios. Sólo así llevaremos adelante el país. La cámara enfoca a Felipe, excesivamente atento para ser cierto. Cabroncete, pensará, aprendiste bien la lección. Carlos y Sonia se irán a España muy pronto, con su chamita de hoyuelos que habla como un adulto y carga a cuestas a su amigo invisible, al que regaña y escupe de vez en cuando. Podría irme si me empeño. Con protuberancia y todo. La habitación huele a cigarrillo frío y a sudor. La cama revuelta, la luz de la pantalla, el libro de Lévi-Strauss en francés, la servilleta para que el vaso no manche la mesa. El terror de esa bola de aire que no termina de bajar. ¿Cuántos años llevo rondando por aquí? Vueltas en la cama, de barriga para ver televisión, cara al techo para masturbarme, codo replegado para el sueño. ¡Manos a la obra compatriotas! y los aplausos crepitan sobre el desorden y la memoria y el pánico. Marcha atrás. Y viene el trago servido con perfecto ritual: vaso alto de cristal, hielo enorme y fálico, conchita de limón, vigésimoquinto conteo de chorro y soda. Me inunda la base de la nariz y provoca ese dolor igual al de los helados cuando se comen demasiado rápido. Tantos estudios sobre las maldades del alcohol y nada sobre sus beneficios. Los latidos se normalizan, la bola se deshace, los ojos se aclaran, el pulso ya es firme, la cerrada angustia se desvanece y el pecho se abre. Clásica crisis de angustia diluida correcta-

mente en un trago, diría el petulante Roberto. Fernando es el único barman alcohólico que conozco. Arma las tretas más increíbles para trabajar y beber al mismo tiempo. Cuando Roberto me lo presentó, le dijo "actriz y poeta". Fernando comenzó a recitarme versos rarísimos, algo así como "la noche es tenebrosa/ y yo tengo a mi osa. El viento sopla fuerte/mientras yo espero a la muerte". Era interminable y me hacía reír y reír, hasta que me advertía con una seña que nos iban a descubrir brindando después de cada rima. Una vez ya amigos, me preguntó, ¿cuándo empinaste el codo por primera vez? Traté de darle eso que llaman respuestas sinceras, hasta que encontré una rima para uso de Fernando: empiné el codo y rodé por el lodo, aprendí a beber para joder. Me miró asombrado, estrechó mi mano y me respondió: "Por cada trago que bebas, ahorraremos para ir a Tebas". Fernando, ¿qué sabes tú de Tebas? Cállate mujer, tus rimas no riman.

Ha terminado la ceremonia. Ahora, los invitados se dirigen al palacio donde les será ofrecido un almuerzo. Señores, comienza una nueva etapa de nuestra democracia. Roberto prometió pasar apenas tuviera los resultados. Está de guardia, al acecho, como dice, del caso único de cirugía de emergencia que le hará famoso. El teléfono me sobresalta. Repica y repica, con escalofríos de difunto, hasta que la voz de Ligia, destemplada como siempre, me sacude el oído. La ceremonia, ¿viste a Felipe? ¿Y al caballo? ¿Te fijaste cómo cuchicheaban?, pero lo más importante es que el

ministro de la defensa es íntimo, íntimo amigo de mi papá. ¿Te imaginas? Nos pusimos las botas, sobre todo en el negocio.... Ligia, estoy esperando una llamada, ¿estás bien?, sí, claro, hasta luego, nos vemos. Si la protuberancia es buena, cambiaré todos los muebles. La cama más baja, un espejo en el techo, la colcha de otro color. Y la sala, toda ocre, alfombra peluda y luz tamizada, como en la revista Marie Claire. Hipócrita, lo leíste en Buenhogar, como cualquier hija de vecina. Tu madre sí que alardeaba con la bendita Marie Claire. Se la enviaban por suscripción en aquel pueblo horroroso y polvoriento. La pobre lloraba cuando venía la pascua y no había huevos de chocolate. ¿Qué diría de la protuberancia? Algo así como, ¡estupendo!, ahora tienes cáncer, era lo último que te faltaba. Crueldad por omisión, como la del viejo, que no pegaba una y pasaba de quiebra en quiebra para mortificarla, estoy segura. Muertos los dos de protuberancias. Bien hecho.

Roberto no recordará su promesa. Tanta fanfarria y trago y trago en la consulta de emergencia con los colegas. Un día como éste, habrá pocos heridos o muertos. No le presté mucha atención al reportaje que me dio, sobre si los médicos debían o no decirle la verdad a sus pacientes. Pero estoy segura que me la dirá. ¿Cómo disfrutará si la protuberancia es malévola! Sus ojos color caca brillarán de emoción: ahora sí podremos planificar entre los dos cómo será tu vida de ahora en adelante. Primero muerta, coño. El bellísimo vaso de cristal, porque lo es, fulgurante

entre mis dedos, está vacío y retumba el intercomunicador. ¿Qué se hace en estos casos? Desesperadamente trato de recordar telenovelas, guiones, películas. Nada corresponde al momento. Así que lo dejo sonar y lleno mi vaso otra vez. Ahora es el timbre de la puerta. Roberto logró subir. Hola, mocosa. Tenemos nuevo presidente. Dame un trago, ¿sí? Abajo pasa la niña con su estribillo, maman, maman. Le sirvo el trago y nos sentamos en el suelo. Lo siento mocosa, son cosas que pasan. ¿La protuberancia? Hubo un zaperoco en el laboratorio y se extraviaron varios exámenes. Tienes que repetirlos todos. ¿Qué te pareció el discurso del presidente? Lo que viene es hambre. ¿Cómo que se extraviaron? Sí, despidieron a una bioanalista y para vengarse, furiosa, echó a perder un montón de pruebas. ¡Si hubieras visto la que se armó! Van a denunciar a la tipa. ¿Mis pruebas, las mías? Y las de otros también. ¿Quiere decir que no sabes nada de mi pelota? Vamos, no pasa nada. Mañana vienes de nuevo y te repetimos los exámenes. Roberto toma un trago y cierra los ojos. Una música de comiquitas viene del cuarto. Oye mocosa, ni siquiera te has vestido, ni bañado. Me mira sorprendido: ¿qué hiciste durante todo el santo día?

ÓRDENES AL CORAZÓN

Cuando leí lo de la muerte súbita: "Un deprimido que envía órdenes a su corazón para que se detenga", sentí pánico. Comencé a escuchar el esfuerzo desmesurado de mi corazón, tucún, tucún, desde hace cincuenta años. Dios, cómo debe estar de cansado. De aburrido. Órdenes y contraórdenes. Vive, muérete, encógete, ensánchate. Desde que le hago caso, se ha puesto más grande. Invade mi sombra. Me tumba cuando camino. Me mareo. Sé que estoy a punto de darle la orden final. Pero no importa tanto eso, sino que es él quien sabe que la orden está por llegar. Y me trata de apresurar. Eso me irrita. Me enoja. Ya no le molestan tanto el cigarrillo, los tragos y las arrecheras. Simplemente está impaciente. Esperando la orden. Y ahora soy yo la que no quiere que se detenga. Necesito tiempo. Un poco más. No quiero morirme pareciéndome a mi madre. Mortifica esa imagen de espejo al derecho, sin fondo, copia fiel en la que no aparece mi odio mesurado. El tumulto es grande. La memoria es grande. Todo se ha puesto grande. Entre costilla y costilla, el corazón está creciendo. No lo maldigo, porque desde que leo la Biblia para aliviar el

insomnio, repito palabras de furia bien medida. A la medida de Dios. Nunca había leído rencores y venganzas y amenazas tan espectaculares. La frase budista de Beatriz es más apacible. No logré aprenderla de memoria. Pero ella jura que cambia el karma. Si la repito, mi rostro despedirá efluvios positivos. Pura alegría, pura emoción. Y qué va, cuando manejo y me veo por el retrovisor, despedido pura mierda. Pura crispación. Dicen que la gente a punto de morir ve la película de su vida en segundos. Para variar, hasta en eso he sido lenta. Cuadro a cuadro, desgraciada. Y disfrútalos. Ningún episodio tiene sentido. Algo así como una bola de billar de un mal jugador.

Mira, yo la conocía de nombre solamente. Me gustaba su manera de escribir. Sí, me entrevistó varias veces, hace tiempo. Era buena, pero andaba como ida, captaba y escribía. Muy superficial. De todos modos, era lo mejor. Era mi amiga y no cobro nada por el entierro. A mi mujer no le gusta mucho la idea, pero pienso que se lo debo. Tú sabes, era generosa, muy dada a la entrega. ¿Orlando? Se parecían y no llegaron a caer bien. A él lo salvó el prestigio y el apoyo de una mujer. Ella se quedó en el camino, a medias, sin respaldo de nadie.

Demasiado arrecha.

Todo en la casa sonaba.

—No sé qué me pasa.

—Te estás poniendo vieja —coloqué el vaso en su mesa de noche.

Apoyó su mejilla sobre mi mano. Percibí el olor de sus ojos.

—Mamá, no te mueras sin decirme la verdad.

—¿Cuál verdad, hija? —dejó caer en su ojo derecho un mechón amarillento y oloroso a ajo.

Era una mala madre. Y se estaba muriendo.

Si se moría, yo iba a perder la inocencia.

—La verdad, madre, la verdad —le apreté el cuello.

No hubo nada que hacer. Cuando el médico llegó, la encontró tejiendo.

Oui maman. La voz de la niña en el pasillo siempre me agarra desprevenida. Campana de perro. Y la madre, mais non, enfin, tu sais bien. Toques de palabras que rebotan sobre la máquina, maldita máquina que se le acaba la cinta o el corrector y me enfurruña tener que ir a la tienda con el modelo en la mano. No lo tenemos. Todo me hace chirriar. Grincer, así me decía: tu me fais grincer les dents. Y lo decía en voz alta, en francés, para avergonzarme ante aquellos niños brutos y sucios, mal educados. Pobladores del nuevo mundo, decía ella con su ácido gaulois a millón. Me encerraba cuando había fiesta en la plaza, porque, claro, qué iba a hacer una niña como yo en medio de aquellos indios. Y el abuelo se aprovechaba. Viejo puerco, ése.

Corten. Diez minutos de descanso.

¿Y el almuerzo? No te emociones. Para que ese tipo diga almuerzo, faltan como tres horas más. Te lo dije mil veces: dejar de beber a tu edad es un suicidio. El problema no es el alcohol en sí. Es la relación que hay entre tú y lo que te rodea. Sin alcohol, no hay relación. Con nada. Ni siquiera con las piedras. Carlos está lleno de malas

intenciones, no hay duda. Me retoco el maquillaje y lo veo en el espejo, andando de un lado para otro, no como las manecillas del reloj, sino al revés, porque está reflejado en el espejo de cuerpo entero. Esta arruga va a la izquierda y no a la derecha. Y este granito también. Le pongo compacto ocre número cuatro. Alcohólicos Anónimos, ¿estás loca? ¿Sabes lo que van a hacerte? Relaciónate con el más grande de todos los alcohólicos: Dios. Está en permanente estado de embriaguez y pretende que seamos sobrios. ¿Cómo crees que creó el mundo? ¿Y las bombas y los muertos y los que se masacran en nombre de Dios? Créeme: todo esto es obra de un borracho. Por eso los alcohólicos creen en él, mucho más que los abstemios. Se la pasan rezando: Dios, haz que no beba más. Y aparecen visiones: vírgenes catiras, de ojos azules que le tiran besos a uno y le dicen maternalmente, ni un sólo trago más, ni uno más o te mueres. Suena Miami Sound Machine, por favor, Carlos, déjame en paz. Tú sabes lo que me hace un trago. El espejo me hace sentir torpe. Ya está. No tengo nada que añadir a esa imagen borrosa por la miopía y unas manos añejadas. Las de Carlos están sobre mis hombros. De cerca lo veo aún más borroso que mi propia imagen. ¿Sabes algo? No todo el mundo muere porque bebe. O porque fuma. O porque se inyecta. Sobreviven. Es suficiente. No te sometás al chantaje de la muerte. Lo que te dicen que es dependencia, es libertad. La gente que te habla de dependencia se cepilla los dientes todos los días, a las 8, a las 12

y a las 8 otra vez. Llegan todos los días al mismo sitio y hacen las mismas cosas. Le dan cuerda al reloj para que suene, sin falta, a la hora exacta. Toman un jugo de naranja exactamente antes de cagar. Van a un parque y corren como avestruces. Sudan y quedan vacíos de tripa y cerebro, con una bruma tan cerrada que sólo ven la punta de sus zapatos adidas. Dime, gafa, ¿eso no es dependencia? ¿Eso no es reducir la vida a unos hábitos estúpidos? Carlos tiene unos ojos muy especiales: verdes y marrones caca, como la caca que cuidadosamente deposita todas las mañanas en la desgastada poceta de su apartamento arruinado y feo, pese a los cuidados de la gallega de turno. Deja de casarte, Carlos. Cada vez que lo haces, las abandonas furioso porque la vida no te dejó ser lo que querías. Sospecho que te gustan los hombres. Los ojos color caca se ponen negros. Cada vez que te hablo de alcohol, me llamas marico. ¿Te das cuenta de la magnitud de tu problema? Nos echamos a reír y caigo en sus brazos, en el sentido estricto de la palabra.

Silencio, por favor. Los que no actúan en esta escena, fuera del set. Silencio. Elena, la madre, a escena. Aquí estoy. El vestido hace fru fru y siento que la línea negra bajo el ojo está mal puesta, maldita sea, o mierda, en inglés.

—Mamá, tienes que ayudarme.

—Me asustaste. ¿Qué pasó? (El blue jean de Enrique está demasiado limpio, y ese bulto, coño, sé que ese bulto es relleno, me dan ganas de reír).

—Peleamos, le grité. Se puso histérica. Me arañó la cara. No sé qué sentí pero le pegué. Se cayó y allí está. No se mueve.

—Dios, estás todo arañado.

Corten. Mira, cuando le dices que está arañado, ponle algo más de preocupación, ¿quieres? Un poco más de angustia. El día que cumpla cincuenta años, no iré a trabajar. Otra dependencia: cincuenta años, por lo tanto, no se trabaja ese día. Cincuenta años haciendo lo que no te gusta. ¿Cómo se mide ese tiempo?, le pregunto a Carlos. Fácil: cuando naciste, hace cincuenta años, moría César Vallejo. Cuando tu cabecita, tu ombligo, tu piel rosada y lisa, tu cuquita virgen asomaba al mundo, metían en un hueco al poeta. Lo cubrían de tierra y tú venías cubierta de mierda. La palabra recurrente: mierda, merde, sheet, chiiiiit, como suena.

Cámara. Elena. Tranquila, avanzo hacia la puerta de la habitación. Abro la puerta. Se interpone mi propio hijo. Aprovecho la cámara que lo enfoca para guiñarle un ojo y señalarle el bulto prefabricado. Nada: ni siquiera sonríe. Pero sé que me la cobrará. Enrique es así: un profesional. Cuida hasta el tamaño de su huevo. Me acerco poco a poco al cuerpo tendido en el suelo, al pie de la cama. Me pusieron la marca. No debo desviarme. Vientre liso, bronceado, ni un centímetro de grasa, me inclino. Terror, lo estoy haciendo en cámara lenta. Mi mano en el aire, bajando, con un tiempo que no es el mío, ni el de la cámara. Debe haber una explicación, dime, explica por

qué haces esto. ¿Es que quieres matarme de pesar, de disgusto? No, no era esa la palabra. Tú me tues, tu me fais du bien. Eso fue mucho más tarde. En un cine del boulevard, no sé. No recuerdo. El cielo, mamá, olía a mierda de pollo. La tuqueca cantaba, pegada de las vigas del techo. Te cantaba a ti y al porcellino renacentista. Par de cochinos. La lentitud. Lo que tarda ahora mi mano hacia la nuca empapada de merthiolate. ¿Por qué soy tan lenta? Tardé quince años antes de recordar al abuelo y lo que me había hecho mientras cantaba la tuqueca. Segundos y una sombra al lado de la cama y el camisón blanco lleno de manchas, mamá, mamá, y la sacudida. Tranquila, tranquila, eso le pasa a todas las niñas. Ocho años de furor, proyectado hacia esos bultos diseñados para el furor. Beatriz me lo dijo: eres lenta porque tu signo es de tierra. Tienes que cumplir el ciclo del cielo sobre las estaciones. ¿Cuáles estaciones, Beatriz? Me hablaron de ellas, me taladraron la piel con la primavera y me obligaron a vivir bajo un cielo de plomo sin estaciones.

—Está muerta, Enrique. Está muerta ¿te das cuenta?

—¡No puede ser!

Corten. Bien. Se edita. Tiempo para almorzar. Carlos está sacudido por la risa. La propia dependencia. Me río, para no llevarle la contraria.

No quiero contarle lo de la mano detenida en el aire. Y el olor a pollo degollado. Mi hermana y yo, éramos las responsables de los pollitos. Cagaban y cagaban sin parar. Sobre placas de

metal, grises y rojas de calor. Había que sacarlas y lavarlas en el patio. Dios, cómo odio el trópico. Tardé cincuenta años en darme cuenta. Creo que todo el mundo odia ese cielo que prodiga el mismo calor y la misma lluvia torrencial. Blanco y negro. No hay matices. Para amar todo esto, hay que estar lejos. Beatriz, consumida por el budismo. Lo escribí bajo mi lista de compras: nhiojo rengue kio. Repite las palabras y verás. Le pedí a Buda que cambiara el color del cielo. Que dejara de ser aquel cielo de pueblos que no existen en el atlas de Selecciones.

¿Por qué no tiene control remoto la radio? Bancos, comidas, ropa, concursos, talleres, carros, todo interrumpe la lentitud de mi mano. Tengo rato ya parada frente al refrigerador abierto, mirando la leche descremada, el jamón reseco en los bordes, el medio melón cubierto con papel de aluminio. Cierro la puerta con la misma pausada y errónea curva de un tiempo inventado. Lo que me asombra es mi furia. Estoy furiosa, lentamente, tranquilamente. Sería capaz de dejarme embadurnar de merthiolate y acostarme en el suelo haciendo el papel de Malena, la adolescente muerta antes de cualquier escena importante.

ELEONORA

Eleonora estaba parada de cabeza. Eso formaba parte de su decisión de estar inactiva. Destapé la botella y la llamé.

—Acompáñame a tomar un trago —le dije, a conciencia de lo absurdo de mi petición.

—No quiero —se puso de pie.

—Claro que quieres. Ven.

Se acercó con la boca fruncida. El mismo gesto de indecisión que adoptó cuando le propuse que nos fuéramos a la cama, allí mismo en la oficina. Llené su vaso hasta arriba, cargado y salpicado de escarcha.

—¿Todavía me amas?

La pregunta era insidiosa. Ambos lo sabíamos.

—No sé. ¿Y qué importancia tiene?

Se llevó el trago a la boca. Lo tomó hasta el fondo, sin respirar.

Bajé el mío también y vi, de reojo, la mesa redonda cubierta de polvo, con las revistas apiladas.

—¿Por qué no quieres que hablemos de eso? —mi voz me pareció normal.

—Si no hablamos de “eso” cuando ocurrió, ¿por qué vamos a hacerlo ahora?

Me tendió el vaso vacío para que lo llenara de nuevo.

Mi hermano Alfredo me advirtió que habíamos llegado demasiado lejos. Las personas tienen obligaciones y deben asumirlas, dijo cuando se la llevaron. Eleonora decidió quedarse en casa después de lo ocurrido. Me pareció natural. La casa tenía sus trabajos cotidianos. Pequeñas cosas por hacer. Escribió una lista de las tareas y la pegó con una rana imantada en la puerta del congelador. Del uno al veinte.

—Debe haber algo que podamos hacer.

No estaba impaciente, ni desesperado. La quietud de la casa formaba parte de la inactividad. No era necesario levantar la voz, ni hacer un gesto de más.

—Yo no tuve la culpa.

Eleonora miraba sus manos alrededor del vaso. Lo dijo sin darle importancia. Como si no tuviera que ver con nosotros.

—Nunca dije que tuvieras la culpa. Ocurrió y quiero hablar de ello.

Recordé la voz de mi madre mientras sacudía las sábanas y me obligaba a levantarme:

—Es hora, vas a llegar tarde.

Fui a buscar más hielo. El congelador estaba bloqueado y tuve que usar el picahielo para sacar la gavera.

—Deberías descongelarlo —le dije desde la cocina.

Eleonora había seguido los puntos de la lista, rigurosamente, cada día. Pero comenzó a

saltarlos. Lo sabía porque, al llegar la noche, veía la casa deshecha y la mitad de los muebles con polvo. Una chiripa corrió sobre los platos apilados en el lavaplatos. Cuando llené su vaso, Eleonora despegaba con la uña una mancha de salsa de tomate sobre la mesa.

—Era mi cuerpo. ¿Qué más podía hacer?

Ya la mancha había desaparecido casi por completo, pero ella seguía raspando con la uña. El cabello le había crecido de nuevo, disparejo, con la pollina más larga que le cubría la cara por completo.

—Anoche llamó Mario a la oficina. Quería saber de ti.

—¿Mario? ¿Y por qué quería saber de mí? —había levantado la voz ligeramente.

—Mario te atendió. ¿O es que ya no recuerdas eso?

Sentí urgencia de sacarla de quicio. Me vi golpeándola en el estómago.

—Lo recuerdo todo. Me gustaría no hacerlo. Tú y Mario se empeñan en que no olvide nada, ¿verdad?

Era tal la placidez de su tono que levanté la mirada sorprendido.

La mañana del sábado me había marchado temprano a correr. Lo hacía siempre ese día. Y no tenía ningún significado especial. Eleonora aún dormía. Estaba tan delgada que varias veces le había pedido que se hiciera un chequeo médico. Bajo las sábanas, su cuerpo era un bulto apenas visible. Dormía contra la pared, las piernas enco-

gidas y una almohada apretada contra el vientre. Desde hacía algunos meses, no dejaba que la tocara. Lo de Ana la había molestado mucho. Ya pasará, pensé. Ana y yo no le dábamos mayor importancia a esos encuentros esporádicos, violentos, en cuartuchos del centro. Pero Eleonora me miró acorralada cuando lo supo.

—¿Me acompañarás mañana a la reunión? Me agradaba hacerla sentirse así.

—Son reuniones para gente enferma. Yo no lo estoy.

Se apartó el cabello de la frente y volvió a vaciar su vaso.

Mario había atendido a mi madre durante muchos años, hasta que murió por una sobredosis de pastillas mezcladas con ron. Ese día lo encontré en el parque. Me preguntó por Eleonora. Le dije que estaba bien, sólo muy delgada.

—Llévala a buenos restaurantes —me contestó riendo.

Se alejó con su trote parejo. Me fui detrás de él y le propuse que almorzáramos juntos. No quería volver a casa. Tomamos unas cuantas cervezas y comimos carne cruda.

—Si no estás enferma, Eleonora, ¿por qué llevas esta clase de vida?

Ahora fue ella quien me miró sorprendida.

—¿Esta clase de vida? —rió—. No llevo nada.

—Ni siquiera tienes noción del tiempo —grité, algo fuera de lugar.

—La casa está limpia y hago comida todos los días. ¿Qué más quieres?

Se había echado hacia atrás en la silla y empujado el vaso hacia mí.

Le serví otro trago. Bebía de una manera afable. La comisura de sus labios se mantenía firme. Podía pasar horas en una silla, sosegada. Lejana.

—Hay una buena oferta de trabajo en la fundación. Me han dicho que si quieres, podrías volver.

Era eso lo que le había querido decir desde un primer momento. Puse mi mano sobre la suya y la sentí tibia y relajada.

—No quiero trabajar de nuevo en la Fundación.

Retiró la mano y se sirvió ella misma.

Cuando terminamos de almorzar, Mario me retuvo en la puerta del restaurante.

—Nunca te dije cuánto había sentido lo de tu madre —apretó mi mano—. Tú sabes, me siento un poco responsable.

—Sí, en realidad, lo eres.

Y lo dejé allí con la mano aún en el aire. Cuando llegué a la casa, Eleonora continuaba acostada. Tenía ojeras negras que casi le cubrían las mejillas. Estaba tapada hasta el cuello, con la gruesa colcha. Bromeé con el calor que debía sentir. Sonrió levemente y eso agrandó aún más sus ojos castaños, fijos en mí.

—Me duele la cabeza. Creo que es gripe. Me quedaré en cama.

Se acurrucó de nuevo, volteada hacia la pared.

Siempre se espera algo más de la memoria.

Un indicio. Una ligera advertencia. Ese momento ha vuelto muchas veces. La dejé allí y fui a ducharme. Nada estaba fuera de lugar. Salvo un paquete de toallas sanitarias sobre el lavamanos. Eleonora tenía un repulsivo pudor con la menstruación. No dejaba rastros de nada. Durante esos días, se bañaba varias veces y no dejaba que me acercara a ella. Una vez le hice un chiste con respecto a las prohibiciones bíblicas sobre las mujeres que menstrúan.

—La menstruación es una porquería —me respondió. Nunca más hablamos de ello. Guardé las toallas y me olvidé del asunto.

—Ya va a ser de noche —Eleonora miró hacia el balcón.

No encendí la luz. Tampoco lo hice cuando me asomé de nuevo a la puerta de la habitación y la vi durmiendo en la misma posición. Salí con Ana esa noche. La dejé borracha en su casa. Me acosté junto a Eleonora y escuché su respiración. Su piel estaba seca, tirante. Ni siquiera se estremeció cuando le pasé la mano por la cadera. Dormía así cuando tomaba somníferos.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Sentí náuseas con la pregunta. Se quedaría otra vez blanda. Insobornable.

—Se lo dije todo a la juez.

Se levantó y fue hacia el interruptor de la luz. La botella estaba vacía. Busqué otra. Me prometí que no habría más intentos. Eleonora se había ido hace tres años. Nadie pudo hacerla llorar. Se había quedado de pie, con las manos

en los bolsillos de la ancha bata negra. Un automóvil frenó en el estacionamiento. Alguien gritó unas cuantas groserías.

—Son los muchachos del apartamento cuatro —dijo.

—Ya no preguntaré más. Me voy.

Serví dos tragos puros, sin hielo. Daba igual.

El domingo se levantó sin prisa. La vi caminar muy derecha hacia el baño.

—Me quedaré en casa. Todavía no me siento bien. Si quieres, preparo comida.

Desde la cama, asentí. En el lugar de Eleonora, la sábana estaba lisa. Como si le hubiera pasado las manos para quitarle las arrugas. Una diminuta gota de sangre me confirmó que le había llegado la menstruación junto con la gripe. Pasé un dedo encima y eso despertó mi apetencia.

Los padres de Eleonora llamaban regularmente. Cada uno por su lado. Casi nunca estábamos en casa y la grabadora reproducía los mensajes. Cuando era la voz de la madre, borraba el mensaje antes de escuchar la frase completa. Percibí la repulsión como algo rutinario entre madre e hija. Desde San Francisco llegó una carta y Eleonora la dejó abierta. ¿Cómo estás? Esta ciudad es fabulosa. Me alegro de que no hayas tenido hijos. Son una plaga. Arruinaron mi vida. Un día podrás viajar tú también. Volveré pronto. Mamá. Eleonora cortó mi comentario, fugazmente, no le haga caso. Está vieja.

—Tu madre llamó a la oficina. Me pidió que la llamaras.

—A la mierda mi madre.

Tomaba lentamente, sin pausa, el trago puro con los ojos fijos en mí.

La comida estuvo lista cuando terminé de afeitarme. Arroz integral baboso y pollo hervido sin sal. Eleonora consideraba la comida como un estorbo. Ninguna parte de su cuerpo olía. No tenía aliento.

—El congelador se dañó —me advirtió mientras recogía los platos—. No lo abras. El lunes vendrán a repararlo.

Me acosté de nuevo a ver el partido. A las seis se durmió otra vez a mi lado.

—Es hora de levantarse —me dijo el lunes, ya vestida para irse al trabajo.

—Le canté. Pero ni siquiera abrió los ojos.

—Eso ya lo sé —le respondí fastidiado.

—Tenía un lunar en la espalda, igual que el tuyo.

Recordé el de Ana, rojo, en la nuca, escondido bajo los cabellos.

—Le canté —insistió Eleonora, con la misma voz pareja—. Le di un beso. Lo limpié con una toalla. Lo arrullé, como había visto en las películas.

Fui al cuarto y comencé a recoger mis cosas. La maleta tenía un parche, pero cerraba bien. Cuando regresé a la sala, Eleonora reía suavemente.

—Ya no me ha vuelto a doler. Eso es bueno.

Se colocó la mano sobre el vientre y levantó la cara hacia mí, gozosa.

—¿Te marchas? ¿Para siempre?

—No olvides cerrar las ventanas del balcón.

Dejé la maleta en el suelo y me incliné sobre ella. Percibí un olor dulzón, a sangre, en sus cabellos.

—Tienes la regla —le dije sorprendido.

—Sí. Volvió otra vez. No te preocupes, cerraré bien la ventana.

LA REJA CERRADA

—Dejaste la reja cerrada y no se puede abrir por dentro —trataba de darle un tono de broma al asunto, pero lo sentí acalambrado.

Volví a mi escritorio y me excusé. La mirada de Josefina fue elocuente. Nada de llamadas personales y menos cuando estamos reunidos para el balance anual. Los demás no se habían percatado de la llamada y volvieron a pasar los formularios para que estudiáramos la mejor manera de llenarlos sin que nos hicieran trampas. Tenía sudor debajo de la nariz y garabateé unas cifras.

—No soporto estar encerrado.

Era inútil que me lo dijera. Ya lo había escuchado temblar en los ascensores. Vivía conmigo porque mi apartamento estaba en un primer piso.

Recuerdo que cuando se suspendió la reunión, había pasado apenas una hora. Bajé al sótano a buscar mi automóvil. La tranca comenzó apenas salí del estacionamiento. El hecho de no haberlo llamado antes de salir comenzó a angustiarme.

—Muévete, gafa.

El tipo de atrás comenzó a tocar corneta

una y otra vez. Un metro apenas, o dos. Cualquiera que estuviera cerca de la casa podría ayudarlo a salir. Pero también me había traído la libreta de teléfonos. Andaba desnudo por el apartamento y sólo se vestía cuando sentía frío. Cuando cocinaba, se salpicaba de grasa el estómago y a veces las bolas. Después se tendía a ver televisión, arropado con la colcha hasta el mentón.

—Tenemos una conversación pendiente.

Se apoyaba sobre el codo y esperaba que yo dijera algo.

—Ya hablaremos en diciembre —le dije.

—Está bien.

Y se apretaba contra mí, caliente y seco.

Faltaban apenas unos metros para llegar a la esquina. Si me salía allí tardaría un poco más, pero escaparía de la cola. Cuando llegué a la esquina, un agente me hizo señas. La vía estaba cerrada. Volví a la cola.

—Si un día me dejas, me avisas, ¿verdad?

De noche, cuando no estás, me vuelvo loco. Y de mañana también. Lo harás, ¿verdad?

Me enfurecía cuando hablaba así.

—¿Por qué no dices que me amas?

Volteó hacia la pared con gesto de malhumor.

—Yo nunca digo eso

Estornudó y volvió a arroparse.

—Pues a mí me gusta que me lo digan.

Me levanté a tomar café.

Encendí la radio. Un enorme caos en toda la ciudad. Sentí un escozor en las axilas. Me pa-

saba cuando estaba muy enojada o muy asustada. Aparqué en el canal lento. Me bajé y coloqué el triángulo de seguridad. Calculé una hora para llegar a pie.

—Loca. Te van a pisar.

Tardé un cuarto de hora en salir de la autopista.

Vestido, se veía inmenso. Se peinaba con un cepillo mojado y el cabello encrespado se veía rígido.

—¿Por qué tenemos que salir? —se quejaba.

—Eres mi presa y te saco a pasear —bromeaba.

Cada mañana me leía el horóscopo.

—Hay que saber lo que te espera en la calle —y hacía un gesto hacia la ventana antes de volver a la cama.

Tuve que sentarme un rato en el café grande. Pedí una cerveza. Me la trajo el mesonero, con la escarcha pegada en la base, como un portavasos. Sentí la pereza total. Pedí otra. Me entraron ganas de reír. Calculé una media hora más de caminata.

—Me siento bien aquí. ¿Por qué temes que me vaya?

Puso un disco de Willie Colon y nos arrojamos en el sofá.

Cuando abrió la puerta encontró la reja cerrada. No pudo alcanzar el periódico y la vecina lo vio desnudo. Diez minutos más. Vi la cesta y me senté de nuevo en el café de la esquina. La cerveza ya no estaba tan fría. Si no llego a tiempo, tendrá que quedarse.

La conserje me llamó cuando pasé.

—El señor se quedó encerrado.

Su tono era íntimo, deprimente.

—Sí, ya lo sé. Vine a abrirle.

—Él se marchó. Le pusimos una escalera en el balcón y bajó —me sonrió victoriosa—. Sabe, iba a salir desnudo. Pero le dije que se vistiera y me hizo caso.

Abrí la reja y me puse a oír Burrundanga.

INDICACIONES

Dejé las indicaciones al margen y fui a pagar el teléfono. Lo recordé porque, camino al ascensor, Morella me agarró por el brazo.

—Estoy tan ocupada que me cortaron el teléfono —dijo después de levantarse las gafas de sol.

El mío no estaba vencido todavía. Decidí recoger mi cheque primero.

—Están fumigando —me explicó el portero cuando llegué al piso veinte.

Desde la reja cerrada, vi el pasillo desierto.

Carlos llamó. Maricarmen lo tenía hart.

Y el productor también. Y el director. Y yo.

—¿Por qué no te mueres? —le grité.

—Buena idea

Me tiró el teléfono.

—¿Y Carlos? —preguntó Blanca María cuando llegué a la oficina.

—Murió.

—¿Dónde lo están velando? —preguntó nerviosa.

—El desgraciado no terminó el guión.

Le tiré las cuartillas emborronadas.

—Graciela en la línea dos —dijo Blanca María.

—Ya está listo tu cheque.

Parecía dispuesta a celebrarlo con unos cuantos tragos.

—Perdí el viaje y no pienso subir otra vez. Blanca María me hizo señas de que me llamaba el productor.

—Si no vienes a buscarlo, te lo anularán —insistió Graciela.

—Iré el lunes.

El productor asomó la cabeza detrás de Blanca María y me hizo un gesto imperativo.

Un breve momento de pánico no estaba mal a esa hora de la tarde. Me dolía la espalda y quería irme a dormir.

—¿En qué punto está el guión?

No parecía inquieto.

—En un punto muerto. Carlos se suicidó. Se aceleró el tic de su ojo izquierdo.

—¿Y por qué hizo semejante idiotez?

—Porque usted lo jodía demasiado.

Me dio la espalda y salió.

Hablé con Elías y estuvo de acuerdo. Cité a Rafael en la puerta de la funeraria.

—Revisé la pizarra y no hay ningún Carlos —me comentó intrigado.

—Ese era su nombre artístico.

Y le mostré el que habían colocado.

Fuimos al bar de al lado.

—La cerveza está caliente —advirtió el mesonero.

Rafael la tomó con hielo.

—¿De qué hablamos?

Posó su mano sobre mi rodilla.

—No puedo terminar el guión. Carlos nunca me habló del desenlace —tomé un trago de más—. Se suicidó antes de terminarlo.

Rafael garabateó algo en la servilleta.

—Vamos a hacer el amor.

Pagó con la tarjeta y el mesonero lo miró furioso.

—¿Y por qué no lo terminas así, con su suicidio? —me preguntó mientras me soplaba suavemente en el cuello.

El lunes pasé a buscar mi cheque. Graciela me lo tendió a través de la ventanilla.

—¿Es cierto que Carlos se suicidó?

Firmé el recibo y le prometí que iríamos a celebrar a las seis.

El pizarrón estaba lleno de mensajes. El productor quiere verte urgente. La script enfermó. Faltan libretos. Dos estudios paralizados. La letra del director lucía epiléptica.

—Fue muy divertido.

Carlos se sentó en el borde de mi escritorio. Tenía una barba de varios días y los ojos enrojecidos por la yerba.

—Rafael me sugirió que terminara el guión con tu suicidio. ¿Qué opinas?

Me lanzó un fajo de cuartillas.

—Ya lo terminé —se inclinó riendo hacia mí—. ¿Qué dijo Maricarmen cuando creyó que era viuda?

—Se vistió de negro y se fue a tirar con tu mejor amigo.

Me alegró ver su mueca.

—Y a ti... ¿te alegró imaginarme muerto?

Manoseaba el cigarrillo sin encenderlo.

Carlos disfrutaba dejando personas adoloridas y asombradas con sus rabias y ausencias repentinas. Le parecía divertido.

—El productor dijo que borraría tu firma del guión.

Se echó a reír.

—Que lo haga. Es mi mejor guión y ya estoy muerto. ¿A quién le importa?

Todavía resonaba su risa cuando dio el portazo.

—Ahora sí le pusieron su verdadero nombre —me dijo Rafael en la puerta de la funeraria. Pero no hay ni una corona.

Maricarmen estaba vestida de negro.

—Ridícula —le dije y puse mi mano sobre el vidrio del féretro. Carlos tenía ojeras y el pelo lacio le caía de medio lado.

Rafael me llevó a la cama, sin pasar por el bar.

—El productor decidió que el guión era una basura. No lo filmarán —le comenté antes de quedarme dormida.

—Es una lástima. El final era muy bueno —suspiró Rafael, pasándome una pierna por encima de las mías.

UN DÍA DE LA SEMANA

La mujer bronceada, pantalón y camisa polo, hace un gesto de impaciencia.

—¡De cinco en cinco! —grita el propietario.

—¡Hijo de puta! —dice el tipo a mi espalda.

—¿Y a quién le importa? —replica la mujer—. Lo que quiero es comprar papel higiénico.

Agarra la correa del bolso con las dos manos y sacude la melena roja. Las cosas se hacen, no se dicen, repetía mamá. Cuando ella murió, escribí la frase con letra aplicada, caligrafía Palmer, y la coloqué en un marco. Juan Pedro aprendió a leer deletreando las palabras, amarillentas detrás del vidrio. En lugar de escribir mi-mamá-me-mima, escribió por primera vez en la escuela, mi-mamá-me-grita. En cuclillas en el pasillo de la entrada, dibujaba personajes con muñones en lugar de dedos, soles negros, paredes que tocaban el cielo. Un pajarraco de alas desplegadas sobrevolaba el paisaje. El niño escapa y casi llega al final de la cola cuando la madre le alcanza. Las chancletas dejan de asomar unos dedos retorcidos, con el esmalte plateado caído a pedazos. El cuerpo se bambolea, flic foc. Trae de vuelta al niño que hipea y chilla. Cuando me interroga-

ron, repetí la misma historia, y ellos repetían las preguntas, ¿dónde estaba su hijo?, ¿por qué tardó tanto en denunciar la desaparición? Pateo el suelo suavemente y la mujer me mira sorprendida.

—¿Se siente bien?

—Sí, claro. Es el calor.

—Es el calor —repite.

El jeep de la policía inicia otra ronda. El gordo baja y se ajusta el cinturón bajo la panza descomunal. Su compañero grita por un altavoz.

—¡Hagan cola!, ¡Mantengan la calma!

—Huevón. ¿Y qué crees que estamos haciendo? —me llega el soplo del tipo furioso.

El gordo se acerca con caminar de pato, culo a la derecha, culo a la izquierda. Viene derecho hacia nosotros con la mirada fija en el tipo.

—Hay más de quinientas personas aquí. Cualquier gesto suyo y nos disparan.

Le sonrío.

—¿Pasa algo señora?

—Nada, oficial. Estamos conversando. Usted sabe. La cola, el calor.

Tomo el brazo del tipo.

No es lógico que se eche a reír, pero lo hace. Con la mano en la boca, los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. La risa se propaga y la cola entera se sacude de carcajadas. Los policías retroceden hacia el jeep. Media vuelta y fuera. Estamos aquí desde las siete de la mañana y nadie había reído aún. Puede ser que ahora la cola camine más rápido.

—¿Qué día de la semana prefiere? —le pregunto.

—¿Por qué?

Ya no ríe y esquivo la mirada.

—Porque hoy es mi cumpleaños, es miércoles y ese día no me gusta.

—Todos los días son iguales.

Lo eran, en la casa metida al fondo de la calle ciega. No había teléfono, ni tráfico y eso agravó la situación. Lucía venía de la parte más bulliciosa de la ciudad y aquel silencio la inquietaba. Una noche pidió ir al estadio. Nos sorprendimos con sus carcajadas, sus saltos y aplausos a destiempo. Tomó cerveza directamente de la botella y Juan Pedro estuvo incómodo todo el rato. De regreso a casa, se aquietó.

—¿Cómo sabe uno el día de la semana en que nació?

Me toca el hombro para que volteé.

—Por las estrellas. Cada día de la semana indica una posición diferente de las constelaciones —¿de dónde saqué eso?—. Según su signo...

—No creo en esas cosas.

Se limpia el sudor con un dedo, a lo largo de la nariz.

El niño escapa otra vez y le hago señas a la madre que no se preocupe. Echo a correr y le alcanzo en la puerta del supermercado. Tiene ojos de lagartija, mocos y migajas de galletas en las mejillas. Muerde mi mano con todas sus fuerzas.

—¡Coño, carajito! No me muerdas.

Eso lo hace reír, pero sigue pataleando como cucaracha patas arriba.

Me lo contó años más tarde, cuando ya su

padre vivía con Alicia, la secretaria de la empresa de mi padre. Una mañana se levantó y no había nadie en la casa. Recorrió las habitaciones con los pies descalzos. Apenas alcanzó a ver un mechón de su pelo en el espejo y se asustó. Tuvo que vestirse solo. Aquel día la maestra no le prestó atención cuando lo bajó del autobús escolar, despeinado y sin desayuno.

—¿Nadie? No puede ser. Siempre hubo alguien —le dije.

Me miró con rabia.

—¿Vive en esta zona?

—No. Vengo de allá —señala el oeste con la cabeza.

—¿Hay muchas colas allá?

—No. Sólo plomo —corroboró con el dedo índice hacia mí.

La mujer bronceada sale de la cola y camina hacia la entrada del negocio. Cualquiera podría hacerlo. Gesticula y el dueño le indica que se retire.

—¡Tiene razón! ¿Por qué tardan tanto? ¡Están escondiendo la comida!

Los gritos vienen de atrás y hay un movimiento de empuje.

El día que nos mudamos, amontoné todas las cosas en el centro de la sala. El sol entraba por la ventana sin cortinas y vi las manchas de grasa en el sofá. Me he preguntado muchas veces qué haría el inquilino nuevo con ese montón de objetos absurdos. Es como un sueño recurrente que vuelve y vuelve: alguien inclinado sobre el montón, clasificando, esto sí, esto no.

—Hacer cola para comprar comida... ¡es el colmo!

La mujer está de nuevo en su puesto.

—¿De qué se queja? Usted hace cola para comprar papel higiénico —le grita el tipo.

—¿Y a usted qué le importa? —se acerca con una mano en el aire.

—¡Burguesa de mierda! ¡Anda a que te coja un burro!

—¡Grosero! ¡Comunista!

Los que están al final de la cola aprovechan la discusión y se lanzan a los primeros puestos. El tumulto es redondo, con manos alzadas y empujones. La mujer y el tipo se miran por encima de mi hombro. Puede ser que algún día se vuelvan a ver y no se reconozcan. Juan Pedro volteó el rostro cuando pasé junto a él en el tribunal, después de la sentencia. Me llamó la atención su traje gris oscuro y la corbata angosta, negra. Los dirigentes vecinales intervienen, autoritarios.

—Tú y tú, atrás.

La cola se reordena. Si de verdad hay un hueco en el cielo, nos estamos radiando todos.

—¿Usted cree que la gente que habla francés es burguesa? En casa nos obligaba mi madre a hablar francés.

—Me llamo Fernando —replica.

Recordé el bar de Mario y Alfredo, el pianista zurdo que me saludaba con Tenderly cada vez que llegaba. Su madre le había dado tantos golpes en la mano izquierda, para que escribiera con la derecha, que huyó de casa y decidió estudiar piano.

—Y yo Patricia

Su mano es fofa, húmeda.

—Realmente ¿hoy es su cumpleaños?

—Sí. Es mi cumpleaños.

Suelta mi mano y mete las tuyas en los bolsillos del blue jean.

Se hubiera dicho que estábamos a punto de sacar a pasear el perro. Eso había sido motivo de importantes reclamos de Lucía. El perro soltaba pelos y ella era alérgica. Le daba patadas debajo de la mesa y se quejaba. A Juan Pedro no le importaba el asunto. Se encerraba en su cuarto para escuchar a Sting. Mientras yo lavaba los platos. Lucía me miraba sin decir nada.

El niño es liviano y se aferra a mí cuando lo cargo. Huele a demonios y me empastela la cara de saliva.

—¡Coño! —dice riendo.

—Le gusta decir eso —observa Fernando.

—A todos los niños les encanta.

Me mira perplejo.

—Pero eso está mal. Los niños no deben decir esas palabras.

—¿Y por qué no?

—Mi madre me daba por la boca cuando decía groserías.

—Eso ocurre.

—¿Usted le permite a sus hijos hablar así?

—Una vez, en un supermercado, llevaba a Juan Pedro —así se llama mi hijo— en el carrito. Y de pronto gritó, mami, mami, esa señora está comprando jabón para lavarse el culito.

Fernando permanece inmóvil, mirando al niño dormido sobre mi hombro.

—¿No le causa gracia?

—Ninguna.

Con vehemencia me quita el niño y le acomoda en sus brazos. Esa noche había luna y me acosté vestida. Supuse que Juan Pedro y Lucía estarían en una de esas fiestas de las que llegaban histéricos, riéndose a gritos mientras se tomaban el último trago en el cuarto. Juan Pedro me despertó y tuvimos que sacarla del automóvil cargada. Aún respiraba, con la boca abierta y un hilo de saliva corriéndole por la barbilla.

—Será mejor que se lo lleve a su madre. Fernando se aleja desafiante.

Es la hora de la Tanqueray. Hielo, limón y aguakina. Tuve que dejarlo durante dos años. Eso, y las sesiones de los jueves, formaba parte del trato. Cuento Patricia, cuento lo que ocurrió, repitió el psiquiatra cada semana. Tanto me esforcé que logré contar ciento cuatro historias diferentes. Hasta que se dio por satisfecho. Cuando llevé el informe final al juez, el muy cretino me felicitó. Muy bien, Patricia, ahora puedes empezar una vida diferente. Fui al bar de Mario y me tomé una Tanqueray. Juan Pedro estuvo en la cárcel dos años más. No lo visité y desde que salió no he sabido de él. Guardé su ropa, sus viejos juguetes y el libro del sapo que crecía y crecía tanto que el estanque le quedaba pequeño. El equipo de sonido se lo regalé a Alfredo, el pianista. Después supe que lo vendió para comprar un smoking.

Nadie en la cola parece advertir que Fernando se esconde. Las personas son tan idiotas. Tiene los dedos largos, de uñas comidas y el bolsillo trasero del blue jean vacío. Mira hacia el suelo y suda. Vi muchos tipos así cuando les llevaban al tribunal a declarar. Tenían esa misma expresión ávida. El ruido de la reja al bajar sobresalta a la cola.

—¡Estaremos cerrados hasta las dos!

El empujón tira a Fernando encima de mí. Casi llego a la reja y veo a la madre con la falda en la cara, la pantaleta negra al sol. Déjate llevar, dicen cuando una ola arrastra mar adentro. Aquel día el calor era demasiado fuerte. Cualquiera enloquece bajo ese sol. La ráfaga de tiros nos agarró de sorpresa. Fernando quedó echado con los brazos en cruz, la cara pegada al asfalto caliente. Encima de él, escuché el tintineo de la caja registradora.

—¡No se muevan! —grita el policía con la metralleta en la mano—. No habrá venta de alimentos hasta las dos de la tarde. ¡Mantengan la calma! —remata a través del megáfono.

El niño sale de la maraña llorando.

—¡Agarren a ese niño! —retumba de nuevo el gordo.

Lo cargo y continúa llorando. La madre está en la misma posición y alguien le baja la falda. Se levanta dando gritos absurdos. Fernando tampoco se ha movido. Toco su cabeza y gime. Cuando logra levantarse hace señas confusas.

—Este gordo quiere matarnos.

—Y lo hará si no se queda tranquila.

Su expresión es la misma que tenía Juan Pedro cuando escuchó la sentencia. Ocho años, con atenuantes. Ni siquiera miró hacia mí. Libertad bajo palabra. El cargo de encubrimiento no se tomó en cuenta, dado el parentesco. Dejé el trabajo y comencé las sesiones de terapia. Llorar no es malo. Yo era amable con la gente, hasta que me hicieron llorar. Al azar, me visitaba un funcionario del tribunal para verificar si cumplía lo ordenado. Me acostumbé a la rutina. Cuando todo terminó, cambié las sesiones por grandes bebederas solitarias. Es normal, fue el comentario cortés del psiquiatra. Así que continué.

—Tiene sangre en las rodillas.

Fernando señala el hilo que corre pantalón abajo.

Se aleja y se sienta en el borde de la acera. La cola está ordenada de nuevo.

—¿Qué compraremos? —le pregunto a Fernando después de sentarme a su lado—. El gordo nos tiene en la mira, como al descuido. Somos los únicos que estamos hablando.

—Tranquila, hay mucho tiempo.

—Me gusta que el tiempo pase rápido. La vida es muy lenta. Cuando era niña, hacía muchas cosas todo el día para que llegara la noche de prisa. Te invito a tomar café.

—¿Café? —se sobresalta—. ¿Dónde hay café?

—Vivo cerca. Volveremos dentro de una hora.

—Perdería mi puesto en la cola.

Cuando regresé con un termo y unos sand-

wiches, estaba en el mismo sitio. Los policías se habían marchado y la cola se alargaba. Madre e hijo improvisaban sombreros con bolsas de papel marrón que les daba una siniestra apariencia de encapuchados medievales.

—¿Qué es todo esto?

—Café, comida, cigarrillos y chocolate.

—¡Por favor! —se ríe.

Muerde el sandwich y se quema con el café. La salsa le mancha la barbilla. Tiene un lunar rojo en el cuello. No sé cómo no se lo había visto antes.

—¿En qué trabajas?

—Soy traductora.

—¿Y eso da para vivir?

—Para como vivo, sí. ¿Y tú qué haces?

—Era profesor de secundaria.

Cuando le escribí a Yolanda, añadí en la posdata, "era un convicto". No contestó la carta, quizás porque Juan Pedro estaba todavía en la cárcel.

—¿Crees que habrá más saqueos?

—Allá continúan —señala la columna de humo que se levanta hacia el oeste.

—Puede ser un incendio.

Fernando asiente y continúa raspando el asfalto con el pie derecho. A Lucía no le dio tiempo de asustarse. Boqueó y se quedó con los ojos turbios, viéndome. Todavía tenía la liga en el brazo que le amorataba la mano izquierda. Juan Pedro gritó ¡Dejen el escándalo! Protestaron golpeando la pared. Nunca había visto a nadie morir. Me pareció sencillo.

—¿Seguro que no respira? —pregunté.

La envolvimos en el cubrecamas y la dejamos en la puerta trasera del bar donde habían estado durante toda la noche. El maldito nos vendió basura, repitió Juan Pedro varias veces. Ahora lo cuento como si le hubiera ocurrido a otra persona. Olvidamos el cubrecamas, eso fue todo. Es tu culpa, dijo, nunca la quisiste. Nunca es demasiado, intervino la juez con su peinado de peluquería. Es su madre. ¡Que se joda! Los muertos le caen a uno encima y hay que cargarlos.

—No había estado en una cola.

—¿Y qué te parece?

Fernando se levanta sacudiéndose el polvo de los pantalones.

—Es excitante.

—Estás loca.

Nos dejan acomodarnos en el mismo sitio, muy cerca de la entrada. Cuando reventaron la reja, ya le había contado a Fernando lo de Lucía.

—Si algo te pasa, ¿a quién debo avisar?

—preguntó.

Tomó mi mano y la apretó. Sacaron al dueño desarticulado como un muñeco. Todos corrieron hacia el depósito. Recordé a Lucía, ferroz: Soy quien quiero ser. ¿Recuerdas Juan Pedro cómo estuvimos contentos? El único estante aún intacto está lleno de papel higiénico, servilletas de papel y toallas sanitarias. Tomé algunos y vi a Fernando que corría con una caja llena de pollos que dejaban atrás un reguero de agua rosada. Regresé a casa caminando. Nadie me preguntó de dónde venía.

EL MENSAJE

Te dejo antes de que lo hagas tú.

El mensaje colgaba del espejo, pegado con cinta adhesiva. Detallé mi barba y los ojos llenos de ungüento para la conjuntivitis. Debí levantarse de madrugada y escribir la nota. Me lo esperaba. Desde que comencé a hacerle el amor vestido, de prisa y sin ganas. Supuso que era una despedida y dejé que lo creyera.

Las manos me temblaron cuando eché agua hirviendo en la olla. Comprendí que venían días terribles. La presencia de un vacío en la casa me intimidó. Le di vueltas a la mesa donde las conversaciones subían de tono en la noche, entrecortadas por risas y revolcones que molestaban a los vecinos. Habría que empezar otra historia, con preámbulo, asentamiento y final.

—¿Aló? ¿Francisco?... Perdona que llame tan temprano, pero necesito que lleves a la oficina el libro de Turner —la voz de Beatriz era imperiosa y seca.

—No creo que pueda ir a trabajar hoy.

Luisa había dejado su libreta de teléfonos. Podría llamarla para devolvérsela.

—¿Estás loco? Hay reunión para presentar

los informes finales de cada departamento. Si faltas, te despedirán.

—Tengo conjuntivitis y eso es contagioso —toqué el párpado hinchado por la infección.

—¡Asco! Deberías ponerte anteojos de sol y venir igual —insistió.

—Lo intentaré. Pasa por aquí si el libro te urge —colgué sin esperar respuesta.

El apartamento estaba ordenado. Luisa era solidaria con los desastres, pero se las arreglaba para dejar todo en su sitio. Cuando la conocí, le propuse que viviéramos juntos. No hablé más de eso. Se resintió, pero no hizo comentarios. Salvo una vez cuando, pasada de tragos, dijo que habíamos dejado muchos proyectos en el camino.

Le enseñé a preparar panquecas de zanahoria y cada mañana le leía su horóscopo. Comencé a estar con ella justo lo necesario. Después de hacerle el amor a toda hora, me le acerqué una vez cada dos días. Me sentí indolente y cerrado.

—Cuéntame de tu proyecto —apoyó la barbilla en sus manos y me escuchó.

Me divertía hablarle de cosas que no entendía, y ver su esfuerzo por aparentar interés. Luisa subrayaba algunos detalles y pensaba que yo era un idiota.

—Eres un fraude —escuché su voz detrás de los ojos fijos en mí.

No lo diría nunca. Estaba acostumbrada a los fraudes.

—Me asombra tu capacidad de adaptación —era lo menos que podía decirle.

—No lo creas —respondió riendo—, hay cosas a las que no me adapto. La gente que se dice insomne y no hace sino dormir. La gente que dice no comer y devora la comida. La gente que aparenta ser fanática del singue y no toca una mujer durante días.

Encajé el golpe. Iba a responderle cuando me di cuenta de que ya había tomado su decisión. Y Luisa era tan distraída que tomaba decisiones féricas sin comunicarlas. Le parecía normal.

—Cuando estoy aburrida, me marchó —lo dijo una sola vez y no le di mucha importancia.

Me senté al borde del sofá. El teléfono repicó y no lo atendí.

El timbre del intercomunicador se hizo tan insistente que fui hasta la cocina.

—Olvidé mi libreta de teléfonos —Luisa gritaba porque sabía que nunca se escuchaba bien.

Pulsé el botón y me mantuve en la puerta. Llegó apresurada. La dejé pasar.

Cuando terminé, se escurrió hacia el suelo como un pañuelo de seda.

La acosté en la cama y le puse la colcha encima. Era tan gruesa que ni siquiera se distinguía el bulto.

Arranqué el mensaje del espejo y empecé a afeitarme.

Nadie sabía cómo, pero llegaba. El desasosiego de cada semana, día jueves, marcaba el ritmo de la casa. Todo se hacía incómodo, hasta los muebles parecían cambiar de sitio durante las noches y atravesarse por las mañanas. Las cosas se hacen, no se dicen, había sido la regla establecida por la madre, quien se la aplicó al padre con rigor de carcelero. Cuando ambos desaparecieron, roídos los huesos y sangrantes los intestinos, a intervalos de pocos meses, la hija escribió la frase con letra aplicada en un cartón blanco y la colocó en un marco dorado. Juan Pedro aprendió a leer deletreando el cartelito que ya se veía amarillo detrás del vidrio. En lugar de escribir mi-mamá-me-mima, había escrito por primera vez en la escuela mi-mamá-me-grita. Se sentaba en cucullas en el pasillo de la entrada y dibujaba a oscuras personajes con muñones en lugar de dedos, soles negros, casitas de paredes que tocaban el cielo. A veces, un pajarraco de alas desplegadas sobrevolaba el paisaje. Cuando dejó de escuchar los gritos de la madre gracias a un tenaz entrenamiento que consistía en dormirse profundamente cada vez que se lo proponía, entró de lleno en un espacio ta-

citurno, donde vagaba aturdido día y noche, y sólo salía para ir a la escuela.

Juan Pedro hablaba con su padre de lo que le pasaba a ella. A ninguno de los dos les gustaba el tema. Era molesto, irritante y hasta llegó a ser aburrido. Se sentaban en el mismo restaurante, pedían los mismos platos y no llegaban a ninguna conclusión. A veces, la invitaban y el hijo caía en un mutismo absoluto. Padre y madre hablaban de política, mientras él comía con los ojos fijos en el plato. Se establecía una humillante complicidad. Aun en silencio, el hijo cruzaba con el padre las señales convenidas. Entiendo, es bueno que converse con ella. Le gusta la política, como a ti. Ten paciencia, hijo. Ya nos vamos. Lo sé, odias la política. Todo sin mediar palabra en aquel vaporón de restaurante lleno, olor a pimientos fritos y voces estruendosas en la barra. Con ella nunca se sabe. Apúrate. El almuerzo era rápido. Tengo que irme. La miraban marcharse con esa manera tan torpe de agarrar el bolso, sacar el pie derecho hacia fuera, toc, tic. La cabeza inclinada, el cabello mal cortado, el cuerpo perdido en alguna bata demasiado grande para su grasa en la cintura. No lo decían, pero pensaban lo mismo. Un día se quebrará, dejará de hacer cosas. El hijo trataba de imaginarla niña, joven, con el mismo andar tímido y cansado. Antes de su nacimiento, no había nada. Ni una fotografía, ni una carta, ni una palabra que explicara por lo menos aquel apellido tan extraño. Bola de carne, así se sintió durante mucho tiempo hasta que dejó de importarle.

Los abuelos habían sido dos seres lunáti-

cos y tristes, que un día llegaron a la casa sin razón. El viejo, alto y encorvado. La vieja hablaba mucho, con una voz que subía y bajaba sin motivo. No se ocupaban de él, que iba y venía de la escuela, casi contento todavía, porque la madre a veces jugaba y lo llevaba al parque. Salvo una vez que mojó a la abuela con una manguera y ella le dio una salvaje bofetada que le hizo llorar a gritos durante horas. Pero lloraba sobre todo por los chillidos amenazantes de la madre que reclamaba la bofetada, no te permito que le pegues, ¿qué te has creído?, en mi casa nadie toca al niño, no te permito, no te permito, hasta que el padre llegó y se lo llevó. Al otro día, los abuelos ya no estaban.

Lo peor había sido aquella casa, metida en el fondo de una calle ciega, sin teléfono, ni automóviles que pasaran. La flaca de enfrente salía a barrer la acera cada mañana y el niño le hacía señas sin que ella le contestara. Eran vecinos silenciosos, casas pegadas unas de otras que al caer la noche se esfumaban por completo. Ese pedazo de calle fue lo que comenzó a trastornar a la madre. Quiero ir al estadio, dijo una noche, con los ojos llenos de lágrimas y los brazos cruzados sobre el pecho. Fueron los tres, sorprendidos ellos ante su risa constante, dando saltos y aplaudiendo a destiempo las jugadas. Miraba los reflectores y tomaba cerveza directamente de la botella, como todos. El hijo la miraba a escondidas, temeroso de lo que pudiera hacer o decir. Avergonzado por esa apariencia de felicidad que nada tenía que ver con él. Mientras regresaban a casa, se aquietó poco a

poco. Lo acunó, incómodo, ridículo, sin saber qué se le estaba pidiendo, cómo tenía que responder a esos brazos convulsivos que le apretaban y a ese aliento cargado de cerveza y gruñidos. Cerró los ojos y se durmió de inmediato. Nunca supo cómo terminó la escena. Ahora, cuando ella intentaba tocar su hombro o tomar su mano, se echaba hacia atrás, incómodo como aquella noche.

Una mañana se levantó sorprendido por la calma que reinaba en la casa. No había nadie. El niño rondó por las habitaciones con los pies desnudos y la mirada que se agrandaba cada vez más y más. En puntillas apenas alcanzó el lavamanos y vio un mechón de pelo en el espejo. Hizo lo que ella hacía cada mañana. Y bajó a esperar el autobús de la escuela. Había estado solo por primera vez y ese día la maestra no le prestó atención como otras veces, cuando aplastaba la plastilina y embadurnaba papeles. Años más tarde se lo dijo a la madre, un día me levanté y no había nadie. Ella lo miró sin comprender. ¿Nadie? No puede ser. Siempre hubo alguien. No recordaba esa ausencia en especial, tan parecida a otras tantas.

Ninguno de los dos sostiene mi mirada. Pero me gusta sentirlos obligados a comer conmigo de vez en cuando. ¿Qué recordarán cuando me contemplan de reojo y piensan que no me doy cuenta? Siento sus ojos sobre mi espalda y saco el pie derecho, toc, tic, que me molesta a causa de un viejo callo que no termina de desaparecer. Tengo un hombro más bajo que el otro, a fuerza de cargar el bolso del mismo lado, lleno de pape-

les, llaves, pastillas y toallas para el sudor. Los dejo en la puerta del restaurante, abismados en los mechones de mi cabello mal cortado y en mi batola del disimulo. Tengo que empezar otra dieta. El padre de Juan Pedro me conoció flaca. Uno de esos tratamientos masivos que recetan a todos por igual en un hospital, malditos médicos, malditos hospitales, me cargó doce kilos encima. Nunca más fui flaca. Asunto de metabolismo, me dijo el sesudo dietista que me vio por primera y última vez. Se armó una cadena infernal: gordura, ropa inservible, miradas desdeñosas, vendedores de trapos, dietas insoportables y ahora, la menopausia. Ni lo sueñe: el estado menopáusico baja el metabolismo, adelgazar a su edad es imposible. Pero cuando se leen extensos tratados escritos por mujeres sobre martirizantes sudores, los ataques de furor, la panza descomunal, la grasa instalándose en todos lados, eso lo inventaron los hombres para disminuir a las mujeres. Invento general, puesto que de cada cien mujeres, apenas diez han evitado tales síntomas. El resto, que se joda.

Frente al espejo sacudo esa masa de gra-sientos pliegues. Los senos siguen el movimiento, arriba y abajo, izquierda y derecha, pezones peludos y pecas rojizas. Juan Pedro no los recuerda. Y eso que pasamos horas, él mordiendo y yo contando la historia de un pez que crecía y crecía hasta romper la pecera. Nació muerto de la risa, pelándole las encías a las enfermeras, con su cabeza de león buscando mis tetas y de tan buen humor

que nunca lloraba. Ni siquiera en el retén. Yolanda, no es su cuerpo lo que le molesta, es su cerebro. Nunca nos pusimos de acuerdo en ese punto. Cada jueves tengo que verle, pase lo que pase. Fue la condición que pusieron Juan Pedro y su padre.

—¿Se imagina usted, siente usted, los humores apestosos que segregamos? El cerebro funciona gracias a ellos. Mientras más negros, más activo. Para bien o para mal.

—¿Qué significan esas palabras para usted?

—Nada especial. Sólo eso, un sonido de bien y un sonido de mal.

—¿Sonido?

—Mi cuerpo suena. Y con él, mi cerebro.

—¿Cree entonces que el rumor de su cuerpo es el mismo rumor de su cerebro?

—Absolutamente.

—Y usted no tiene poder de decisión.

—No. Quien decide es mi cuerpo.

—Vamos, Yolanda. No pensará que eso es cierto.

—Están equivocados. No es el cerebro el que envía mensajes al cuerpo, es al revés. El cuerpo le dice al cerebro lo que tiene que ordenar. El caso de Beethoven es perfecto: el cuerpo ordenó apagar los oídos. ¡Magistral venganza!

—¿Por qué habría de vengarse el cuerpo de Beethoven?

—Demasiado talento. El cuerpo impone sus propios límites. Jamás dejará que el cerebro decida por él. Quienes no lo utilizan, quienes lo desprecian, quienes comen hierbas y frutas para

purificarse, terminan con un cerebro atrofiado. A cuerpo limpio, cerebro vacío.

—Eso es lo que se llama ciencia de bolsillo.

—La misma que practica usted conmigo.

Así eran al principio las discusiones. Cuarenta y cinco minutos, muy bien pagados, para que yo le contara una historia. La historia. La misma que me llevaba allí cada jueves, arrastrando mi espeso y desagradable cuerpo, regañándome, insultándome, obligándome. Hasta ahora, le he contado miles de historias. Y todavía no ha descubierto cuál es la verdadera. Debo seguir inventado una, los jueves, porque de eso depende el informe favorable: está mejorando, ha hecho progresos notables. Cuando Juan Pedro y su padre lo leen, me invitan a almorzar. Y hablamos de política, que eso es lo que me gusta, dicen.

Juan Pedro creció dormido. Realmente dormido. No fingía. Despertaba sólo para asuntos que le interesaban. Nunca se le preguntó si estaba contento o infeliz. Un niño tranquilo, educado. Asumió los golpes con perfecta entereza. Tan vertido hacia adentro que parecía autista. La escuela le enseñó a comunicarse. Y rompió la vitrina de la madre con todo lo que había dentro. No volvió a preguntar nada, ni a tomar decisiones. Me da igual, pasó a ser su respuesta favorita. Aquella vitrina ostentosa, llena de gritos y tragos y promiscuidad, convirtió a Juan Pedro en un adolescente espléndido y lleno de desdén. La medida de su dolor está en el laberinto, clausurado, para que se lo coma la polilla sin que nadie la moleste.

NO ME ALCANZA EL TIEMPO

Lunes 22 de mayo, 6 am.

Anoche Ricardo no quiso estar conmigo. Estoy cansado, me dijo. Yo también lo estaba, pero deseaba que me hiciera el amor. Me quedé allí, tendida en la oscuridad, como en las películas cuando las mujeres miran al techo y se quedan quietas, imaginando cosas. Yo no imaginé nada. Sólo tenía calor. Ya Ricardo se marchó. Hemos mejorado mucho en la empresa, y hoy él pedirá aumento. Saben que somos marido y mujer, y por eso, hacemos lo posible para no parecer serlos. Llega antes. El portero me dice señora Eugenia y a él, doctor Ricardo. Manejamos las mismas máquinas, pero yo no parezco ingeniero. Mi cuerpo me preocupa.

Martes 23 de mayo, 11 pm.

Ricardo no ha llegado. Diseñé un programa que me obligó a estar doce horas seguidas frente a la computadora. Lo entregué y le puse un sello, hora, procedencia, funcionario responsable. Los números son confiables. No hacen el amor, ni dicen que sí o no, no traicionan. Le dije a Marina que había comenzado a escribir un

diario. ¿Y esa tontería para qué?, me preguntó. Nos reímos. Veo tan poco a Ricardo que en la oficina me saluda distraído, como a una empleada más. Marina me propuso que fuéramos a comer los tres a mediodía y luego, a comprarme ropa. Me eché a llorar y quedó muy preocupada.

Jueves 25 de mayo, 2 pm.

Me traje el diario a la oficina. El programa fue aplaudido en sesión de los directores. No me llamaron, pero lo supe por la secretaria del gerente. La ropa que me compré con Marina ya me queda grande. Adelgacé otra vez en dos días. Es raro, porque ayer comí mucho. Espaguetis con salsa de carne. Dicen que es muy nutritivo. Tengo una extraña sensación. Me veo hacer todo lo que hago. Otra Eugenia que va conmigo a todas partes. Cuando estoy frente a la computadora, está parada observándome. Y en el baño igual. Tengo que hacer algo para engordar.

Sábado 27 de mayo, 11 am.

Anoche Ricardo me hizo el amor. Tan violento que me asusté. Se molestó y me dijo que me dolía porque estaba flaca, y que no tenía cuerpo de mujer, sino que parecía un mosquitero. Pero me gustó.

Martes 30 de mayo, 6 am.

Mamá estuvo todo el domingo con nosotros. ¿Sabes lo que le pasa a las niñas que no quieren a su mamá?, me volvió a preguntar. ¿Y a

las que no rezan? ¿Y a las que se manosean? Me mandaba a bañar tres veces al día. Hueles mal, todas las niñas huelen mal. Ese agujero es el hueco del infierno. ¡Lávate, lávate! A su edad, está tan flaca como yo. Pero hace muecas, como si fuera adolescente y le pica el ojo a Ricardo. Le tengo miedo.

Miércoles 31 de mayo, 11 pm.

Ricardo me gritó. La casa está sucia, nunca encuentro comida caliente. ¡Coño!, dijo en la cocina, llego muerto y ni siquiera hay toallas en el baño. Me enfurecí y le dije que yo trabajo tanto como él. Pero eres mi mujer, ¡coño! Y se fue a la calle. Estará con Alicia. No ha regresado. Sé que tengo mis obligaciones en casa. Me gustaría hacerlas con calma. Pero no me alcanza el tiempo.

EL DÍA QUE MI MUJER ENLOQUECIÓ

Había llovido toda la noche. Las plantas de tomates en el balcón amanecieron de mal humor. La idea de la hacienda en un matero se volvió un pretexto para discutir.

—No las riegues tanto.

Se enfureció.

—Claro, yo siempre hago las cosas mal.

Supe que nada la detendría en su rabia. Me pregunté si habría algo que hacer, además de guardar silencio. Su rostro se afeaba terriblemente. Hablaba y hablaba mirándome con odio.

—No te quedes allí, sin decir nada.

Estaba a punto de golpearme.

Cuando la conocí, era dulce y tranquila. Escuchaba y se reía de mis cosas. Ahora pienso que hablé demasiado y que algo en ella se apoderó de mi memoria. Comenzó a registrar todo lo que yo decía.

—Eso fue el día que te caíste y te pusieron puntos.

Era exacta en sus recuerdos de mí.

Creo que aquella noche tuvo miedo de haber perdido su propia memoria. Se puso tensa y quisquillosa.

—Nunca prestas atención a mis problemas. Ni siquiera has leído lo que escribo.

El rencor de su voz me dolió.

—Eso no es cierto.

Pero de antemano supe que era una batalla perdida.

Yo la amaba tanto que mis esfuerzos por demostrárselo se hicieron cada vez más torpes. Y su amor por mí se convirtió en algo así como un reto sobrehumano.

—Tú sabes que te amo —la voz le temblaba ligeramente.

—Y yo también te amo.

Tomé su mano y la pasé por mi barba de dos días. Me gustaba rasparle la palma sobre mis mejillas.

Dejó de reír porque supuso que eso me gustaba de ella. Reía de todo, como una niña asombrada. Y es verdad que disfrutaba haciéndola reír.

—Estoy triste. Tengo miedo de perderte.

Me abrazó como una osa en celo.

—No me perderás.

De inmediato me arrepentí de haberle dicho eso.

Habíamos hablado de eso al principio. De ese maldito deterioro de las relaciones. La cotidianidad, la rutina y demás necesidades. Ahora que lo recuerdo, ella fue descarada. Insistió en que no era celosa ni rutinaria ni violenta.

—Me gustan las cosas apacibles y alegres —repitió varias veces.

La veo desde la sala, malhumorada y agre-

siva, recogiendo cosas en el cuarto. Conozco ese cansancio que me invade poco a poco y borra todo el resto. La puerta está cerca. Sé que no me retendrá.

—¿Sabes una cosa?

Está parada frente a mí con la frente llena de pequeñas gotas de sudor.

—Dime.

Siento inquietud y temor.

—Creo que me he vuelto loca.

Se inclina y percibo su olor a rancio, a sudor concentrado.

—Nadie se vuelve loco de un día para otro.

Trato de levantarme pero me lo impide colocando su mano sobre mi hombro.

—Eso creía yo. Pero hace un momento, mientras tendía la cama, me di cuenta de que estoy loca.

Crispó sus dedos y me lastimó.

—Ya basta, Elvira. ¿Qué pretendes ahora?

Estaba atemorizado.

Esbozó una sonrisa y se alejó de mí.

—¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos?

Había abierto el periódico y lo hojeaba, distraída.

—Cinco meses, tres días, diez horas y veinte segundos —bramé mientras me acercaba a la puerta.

—Mucho tiempo —suspiró.

Había sido espléndido. No veíamos a nadie. Nunca nos aburríamos. Eran días presurosos, diferentes y agitados. Llegamos a encajar tan per-

fectamente que todo era fácil. Sentí de repente ganas de echarme a llorar. Elvira estaba quebrando a conciencia todo lo que con tanta suspicacia habíamos construido.

Dejó el periódico y se me acercó. Su rostro resplandecía bajo la luz cruda de la lámpara que siempre manteníamos apagada y que ella había encendido.

—No tengas miedo. Eso estaba previsto, ¿recuerdas? La primera noche que estuviste conmigo estuve furiosa. Como ahora.

—Pero no nos conocíamos aún. Nunca tuve miedo —carraspeé para dominar las ganas de llorar.

—Yo tampoco. Ahora es diferente: estoy loca.

Me echó los brazos al cuello.

—¿Y qué piensas hacer al respecto? La abracé también con un deseo repentino, inmenso.

—Voy a matarte.

Me besó suavemente en la mejilla, como lo hacía en las mañanas para despertarme.

—Es como si mi cuerpo hubiera muerto
—murmuré llorando.

—No debieras decir eso.

Apoyó la mano sobre mi hombro.

Me levanté sin hacer ruido. No era peor, ni mejor. Siempre pasaba así. Yo decía algo terrible y la gente se dormía. Cuando declamé mi primera estrofa ante una reunión familiar, el abuelo comenzó a cabecear. De reojo, miré a los demás y vi cómo los ojos se nublaban poco a poco. Durante un instante quedé sola con mi papel en la mano mientras ellos dormían. Fue la primera vez que me sentí libre y sola.

Pero el asunto del sueño me comenzó a preocupar.

—Creo que perderé el año —le dije a mi madre mientras ella lavaba la lechuga.

—Estoy tan cansada.

Cabeceó ligeramente, dejando las hojas bajo el chorro de agua.

No insistí y salí de la cocina. Empezó a canturrear.

La manera más segura de entrar en la casa era por la puerta principal. Ellos acostumbraban

a reunirse en el patio para tomar cerveza y hablar de lo que habían dejado de hacer durante el día. Era la reunión de los perdedores. Cuando se lo dije a mi hermana me dio un leve golpe en la mano y me dijo ¡deja! En este momento, escribiendo sobre esas reuniones, siento el enorme impulso de levantarme y buscar una cerveza.

Abría la puerta y me sentaba en el sofá. Nunca pensaba. No porque fueran cosas importantes o no. Simplemente, no me venía nada a la mente. Ni colores, ni sentimientos, ni deseos. Me quedaba allí. Solo tenía idea de mi cuerpo. Cuidaba mucho la inclinación. La cabeza un poco hacia atrás. Las manos a cada lado, muy tranquilas. El trasero firme, dejando una marca sobre el plástico rojo.

Hasta que llegaba mi madre y me preguntaba qué hacía allí, sola, en la oscuridad.

—Otra vez con tus porquerías —y prendía la luz.

Mi cuerpo es una mierda.

Pero nunca quiso morir. Ni siquiera cuando me dejaron cuatro días amarrada, desnuda y con las quemaduras ardiendo en los brazos y la cadera. Se acomodó debajo de mí y resopló como las vacas cuando piden que le aprieten las tetas.

—Eso quisieras tú.

Julián decía eso dormido. Y abría las piernas, para sacar a cualquier parte lo que estorbara en la cama.

—Hablas dormido.

Se lo dije porque deseaba que lo hiciera.

—Ya me lo habían dicho.
Cerró los ojos.
La vi apoyada en el codo, mirándolo dormir. Tratando de entender lo que decía.
Fue cuando mi cuerpo de mierda decidió morir. Supuse que estaba harto.
—A buena hora...
Estaba malhumorada como nunca.
Me echó una mirada y Julián gruñó.
—Eso quisieras tú —y se arropó con toda la sábana.

CASTOR

Me hizo gracia su nombre: Castor.
—Así llama Sartre a la Beauvoir —le dije.
—¿Ah, sí?
Me sorprendió que no lo supiera.
Tenía los dientes ligeramente salidos y los ojos redondos, negros. Nos fuimos a casa a tomar cerveza.
—No como desde hace 48 horas —dijo complacido—. Pero si quieres te preparo algo.
Lo dejé en la cocina cortando cebollas y tomate. Llamé al director de la emisora.
—No me siento bien.
Tuve que gritarle porque me repetía: no te oigo, no te oigo.
Castor se paró en la puerta de la habitación con el cuchillo en la mano, goteando jugo de tomate.
—¿Por qué gritas? —preguntó.
Le señalé el teléfono y se marchó.
—¿Y quién va a grabar el programa por ti?
El director seguía gritando aunque nos oíamos perfectamente.
Le indiqué el nombre de mi suplente y colgué.

Guardé los libros en el cajón de la cómoda. La idea de cambiar toallas y sábanas me deprimió.

—¿Cómo te está quedando la comida? —le pregunté, tocándole ligeramente el hombro.

—Ya veremos —respondió.

Y me besó suavemente en la mejilla.

Lo hicimos por todos los rincones del apartamento.

—Chiiiit —me dijo cuando grité.

Me miró mientras comía huevos con cebollas y tomates.

—¿Te gusta?

Encendía un cigarro tras otro, con calma.

Su voz era tan baja que tenía que inclinarme para escuchar lo que decía. Terminé aburriéndome y me limité a seguir el movimiento de sus labios.

—¿Por qué no respondes a esa pregunta? Había levantado la voz y me sobresalté.

—¿Era importante?

Fue lo único que se me ocurrió y frunció el ceño.

—Las preguntas siempre son importantes. Algunas cambian a las personas. Todo depende de cómo las respondes.

Se levantó y sacó cervezas del congelador.

—Me gustan heladas. Tienen más cuerpo.

Tomás no preguntaba nada. Era indolente y triste. A lo sumo miraba por la ventana a ver quién tocaba el timbre. Cuando se marchó, me fui de viaje. La casa quedó con un vaho de vapor

de las duchas repetidas, hasta que volví y abrí las ventanas. Susana me aconsejó que viera a un psiquiatra.

—Te vas a volver loca esperando al lado del teléfono —me gritó.

El psiquiatra me sentó frente a él y me obligó a mirarlo directamente. De vez en cuando el teléfono repicaba y se oía el clic del contestador automático. Yo lo había instalado después de la partida de Tomás y escuchaba la cinta todas las noches. Mi voz sonaba bien, no estoy en casa, pero deje su mensaje, por favor. Fue cuando decidí tomar un curso de locución.

—Usted espera que Tomás regrese, porque se marchó así de golpe, sin despedirse.

El psiquiatra también fumaba y eso me pareció justo.

—Quiero saber por qué no se despidió —repliqué malhumorada.

Seguimos así durante varias semanas. La última sesión fue breve.

—No se despidió porque no le dio la gana. Le pagué los quinientos bolívares y me despedí.

Castor retiró mi plato y lo lavó meticulosamente.

—¿Dónde aprendiste a no comer? —le pregunté.

Me contó de una novia vegetariana que le preparaba almuerzos sanos. Mientras ella trabajaba, él se iba a la biblioteca del pueblo y leía libros de mitología griega.

—Un pueblo caliente, con muchos árboles —hablaba en voz alta.

Dejó de fumar cinco años y le salió panza.

—Estoy hecho de vidrio y de fiberglass

—dijo.

Me eché a reír. Dejó escurrir un sorbo de cerveza entre los dientes. Miré su vientre plano. Los brazos y las piernas delgadas. Secas como cuero de tambor.

—¿Por qué no respondiste a mi pregunta?

—insistió.

—No la escuché.

Estaba cansada.

—Claro que la escuchaste.

Se pasó la lengua por el labio superior y recogió una gota de cerveza.

Tomás descubrió a su madre con un hombre. Eso lo hizo odiar a las mujeres. Susana insistía en eso y me decía que según Freud, la traición materna o volvía impotentes a los hombres o los convertía en homosexuales.

—Tomás es triste. Eso es todo —intenté explicarle—. No es ni lo uno ni lo otro.

—¿Desde cuándo no hacen el amor? —me preguntó desafiante.

La mandé al diablo.

Castor me tomó de la mano. Comencé a llorar. Fastidiado, se puso los pantalones.

—¿Por qué las mujeres se ponen tristes después de hacer el amor? —me preguntó mientras

cerraba la bragueta y metía la camisa dentro del pantalón.

Llamé al director y le dije que iría a grabar. Castor terminó su cerveza y me acompañó hasta el carro.

—¿De verdad no quieres saber qué te pregunté? —me dijo inclinado hacia mí por la ventanilla.

—No.

Encendí el motor.

Lo vi parado en la acera por el retrovisor. Tenía las piernas ligeramente abiertas y unos anteojos negros que le cubrían casi toda la cara.

Frené y retrocedí hasta él.

—La pregunta no habría cambiado nada —le grité.

—Te veré esta noche, linda.

Sonrió y echó andar calle abajo.

Tengo miedo. Tengo tanto miedo. Afuera todo está oscuro a medias, con ligeros trazos azules en el cielo. Los niños gritan. Eso me hacía sentir bien. Pero ya no. Es sólo miedo. No he vuelto a hablar. ¿Cómo sonará mi voz? Me gusta pelar calabacines. Lo hice y después los corté, suaves, elásticos, muy blancos por dentro. Espero que el agua hierva. Desde la cocina veo la cortina del vecino, tornasolada. Es raro que alguien ponga una cortina así. Hice una lista de las cosas que tengo que hacer mañana. Escucho y no oigo casi nada. Sí, el ruido de la puerta automática cuando la abren desde un apartamento. Como el ruido del río en ese cuento, cuando el hombre ha muerto durante la noche y ella le dice ¿por qué no contestas? Me estás asustando. O el de Sam Shepard y la mujer que recuerda su pasado y lo llama antes que me reventara la cabeza. Es mi cuerpo lo que molesta. Estoy toda vertida hacia adentro, hacia sus ruidos y silencios. Ese zumbido en la nuca y esa náusea cada vez que trago. La primera manifestación del histerismo es cuando la persona tiene dificultad para tragar. Pero no, esa es una pelota de verdad. La siento cada vez que trago. El

cigarrillo, la vodka en exceso. El miedo me desalienta. Debería moverme, abrir la puerta, la reja y salir. Sólo tengo miedo. No pienso sino en ese deglutir. En la mano que se me duerme en cualquier posición. En el cosquilleo en la parte izquierda de la cabeza, mi cráneo. ¿O mis intestinos? No, mi corazón. Esa masa esponjosa que me inclina más hacia un lado que otro. La siento tan pesada que ahora camino ligeramente torcida y con la mano apoyada en el pecho. Hace un año, me lo examinaron y se echaron a reír. Nada. Pero yo la siento crecer bajo el seno y sobre mi estómago. Si alguien gritara. Siempre hay escándalos y peleas. Las ventanas se iluminan y se apagan. La gente va de la habitación a la cocina, apagando y prendiendo las luces. Los edificios se ven vivos hasta las once de la noche. Después me quedo horas observándolos y me emociona ver una ventana con luz a las dos o tres de la madrugada.

No me dejaron elección. Necesitas reposo. Te hará bien estar sola. Caras pálidas y fastidiadas, recordándome que yo había podido estar sola, lo dijeron así, recalcado, para que lo tuviera en cuenta y recordara mis propias decisiones. Todavía hay saludos de año nuevo. Las mujeres se encuentran por el pasillo y se saludan, ¿cómo recibió el año?, a Dios gracias, muy bien. Deberé bajar alguna vez y saludar yo también. El conserje me verá feo porque no le regalé nada este año. Pero no creo que les importe mucho. La señora del tercer piso. Sí, está allí. Pero (cuchicheo) ella, no logro oír bien. Cambié la correa de mi reloj.

Me sorprendió lograrlo. Con una navaja que corta finísimas rodajas de salmón ahumado, quité la vieja correa, miserablemente rota. El tornillo casi invisible me resbalaba entre los dedos, hasta que finalmente logré insertar la otra correa. Fue el único momento en que se me quitó el miedo hoy. Tuve una sensación de ligera euforia. Hasta creo que sonreí. No. Reí y me asombró escuchar el ruido muy breve de mi risa. Ahora miro la nueva correa a cada instante. Y la hora. Tengo mis dudas: ¿será la misma hora allá afuera?

Trato de recordar. Poner en funcionamiento las imágenes. Algún olor. Una calle. Antes era fácil. Imaginaba mi memoria y echaba a andar. Esta mañana, cuando abrí los ojos y comencé a sentir miedo, me di cuenta de que me daba igual recordar o no. Hice una lista de las cosas que me interesaban antes. Repetí algunas mentalmente: pasear en automóvil de madrugada; sentarme en una barra y escuchar el hielo sonar; tomar y tomar más tragos; imaginar que puedo irme; ahora, en este instante. Nadie.

Me había desconectado. Bien, eso es lo que provoca el miedo, diría el médico. ¿Cómo no sentirlo cuando en la cabeza hay un enorme hueco, con sus bordes bien parejos y negro, todo negro? ¿O blanco? No importa mucho el color. Es un hueco. Nadie ha podido hasta ahora colorear un hueco. Los calabacines están listos. Los cuelo y chorrean un agua viscosa. Ya no se parecen a lo que eran. Deberé tragarme esa pasta para... ¿para qué? Cuando como algo me enderezo un

poco y me baja el frío de los pies. Demasiado bien estás, es lo que le adiviné en los ojos cuando se despidió. Sí, claro, no te preocupes, estaré bien. Acercó su mejilla y sentí la barba recién afeitada, el olor dulzón de alguna colonia muy de moda. He debido morderle la mejilla. Eso he debido hacer. Pero no había tiempo. La retiró rápidamente para evitar un roce más prolongado. Adiós. Bajó las escaleras de dos en dos, así lo hacen los niños felices que se van corriendo a la calle. A jugar. A estar libres. Así bajaba yo y mi hijo pequeño y mi sobrino que no sabía aún lo que pasaría, años más tarde, bajando velozmente una calle.

La culpa la tienen los conejos. Siguen en el congelador, envueltos en plástico y asoman las patas. Las traseras. Los invitados trajeron conejos. Dentro de un rato los prepararemos. Ricos conejos. Trato de recordar a quién le horrorizan los pollos y los conejos. Lo decía así, con gestos de espavientos, ¿yo? ¿comer pollo yo? Y emitía un ruido rarísimo con la boca, un silbido suave y repulsivo, como si estuviera mordisqueando una pata de pollo. Y dejaron los conejos sobre la mesa bien envueltos. Los toqué y estaban calientes todavía. Cuando me pusieron al niño sobre la barriga amoratada, estaba caliente así. Una cosa desollada, palpitante. Una víscera temblorosa, con pequeños sobresaltos. Los mismos que tienen las ranas cuando las pinchan. Acerqué un dedo al bulto de los conejos, donde se suponía estaba la cabeza. Creí escuchar un latido. Los dejé. No

quería que pensarán que los había matado con mis manos. Todo el mundo se puso a hablar fuerte. Las voces subían y subían. Puse música y el estruendo se calmó. La discusión comenzó por un vaso. ¿Cómo se dice, un vaso con agua, o un vaso de agua? Levanté la voz. Sé que nunca debo hacerlo, porque no logro detenerme. Mi voz sale y se devuelve. Me amarra y se marcha. Ella queda afuera, viéndome, y yo hablo, me reviento los oídos y la lengua, hasta que regresa y me calla, atravesada en mi garganta. Estaban todos furiosos. Yo no tenía miedo entonces. Lo que hice fue reírme, y dejaron los conejos encima de la mesa. No pueden hacerme esto. Fue lo único que se me ocurrió gritarles antes de que se marcharan. Los metí en el congelador y allí están. De vez en cuando, miro las patitas que asoman. Pero no los he vuelto a tocar. De noche, pienso en ellos. Sé que ocupan un espacio demasiado grande para unos simples conejos congelados. Y trato de no pensar demasiado en que van a crecer, van a abrir la puerta y los encontraré paseando por la cocina.

¿Por qué sigo desconectada? Sé más cuidadosa con lo que dices. Sí, madre, tendré cuidado. Cuando me castigaba, tenía que poner la mesa. Oía las voces y las risas de las amigas que se iban al cine. El tenedor a la derecha, el cuchillo a la izquierda, la cuchara junto al cuchillo, la servilleta doblada sobre el plato. Tradición de la casa, había que poner la mesa bien. Y no apoyar los codos. Y no cantar cuando los adultos tienen problemas. Me lo había dicho ella, durante un

viaje por la montaña llena de niebla. El automóvil patinaba a cada rato y pude sentir el temor de mi padre y de mis hermanas. Acerqué mi rostro a la ventana, decidida a no tener miedo. Y comencé a cantar. Los niños no cantan cuando los adultos tienen problemas. La frase que te acompaña el resto de tu vida, sin saber por qué. Odié esa mirada reprobadora que me pedía estar tan asustada como los demás.. Buena educación. Eso es. Debe haber sido en ese momento cuando me desconecté. Exactamente, un cable grueso, brillante, al que se le echa un tijeretazo. Se va la luz y se enciende una vela. Una llama crepitante que arde sólo para ti. Bien adentro. Dando calor al espinazo maltrecho. A la boca del estómago siempre contraída. Calentando las lágrimas y los mocos. Ahora tengo miedo y la vela ya no está encendida. Es inútil que trate de repetir la operación. El cable se desconectó. Y mamá feliz. Ya no cantarás, cretina.

GRACIAS

Quiero que alguien me dé las malditas gracias.

Gracias por la solidaridad, por los orgasmos fingidos, por los oídos atentos. Por haber mirado y escuchado sin dar muestras de fatiga. Quiero que alguien me dé las malditas gracias por mi presencia.

Por las cartas de recomendación y los puntos excelentes en mi reporte. Las malditas gracias por mi paciencia y mi impaciencia.

Por mi mirada hacia los pinos que bordean la pequeña carretera hacia Quercianella. Por mi memoria infalible a la hora de escuchar el viento y el mar.

Gracias por haberme adaptado al amor, al alcohol, al rock, a la traición, a la soledad de las dos de la mañana, a la familia estúpida y obtusa, a estar allí cuando alguien lo necesita.

Quiero que alguien me dé las malditas gracias por haber mantenido a un chulo durante dos años. Por haber cuidado a los hijos de mi mejor amiga. Por haber sido complaciente con un loco sin remedio. Y dura con un burócrata perdido.

LA DECISIÓN

Permaneció indecisa con el pasaporte en la mano. Pasó levemente un dedo sobre la fotografía. Volteó la página y buscó la fecha de vencimiento: 18-10-96. Pensó en esos próximos cuatro años. Y trató de imaginarse sin este dolor que por ahora sólo crecería hasta convertirse en una llama brillante en medio de la neblina que cubría todo el apartamento. Habían proyectado el viaje porque entonces todo era posible. El amor —¿lo era en verdad?— los acercaba a la euforia de la puerta del avión, a la cola de pasajeros desenfadados y alegres, a las dos manos estrechamente apretadas mientras rugieran los motores en el despegue. La fotografía, algo borrosa, la hizo sonreír. Se había llevado una corbata en el bolsillo para ponérsela antes de retratarse frente a uno de esos cajones que parecían de juguete, en la plaza cercana a las oficinas de identificación. Trató de imaginarlo, incómodo, serio, anudándose la corbata y posando frente a la cámara.

—Ya tengo pasaporte —le dijo algo exultante, de regreso a casa.

Ella extendió las manos en un gesto casi infantil, para compartir el pequeño libro azul con

todas las páginas en blanco. Habría que llenarlo en los próximos meses con visas y sellos. Australia, quizá, algún día. Islas lejanas o próximas. Países de grandes vientos helados. El pasaporte era en ese momento una historia de amor, banal, pero estimulante. Aquellas dos personas, paradas en medio de la sala, sonrientes, mirando el escudo de vivos colores y leyendo la vuelta al mundo, Norte, Centro, Suramérica, Antillas, Europa, Asia, África y Oceanía, no eran especiales, ni siquiera originales. Él, delgado y de baja estatura. Ella, mucho mayor, poco agraciada, de cabellos lacios y oscuros y gruesos anteojos. Una pareja del montón que vivía la proximidad tal como la viven otras, miles, millones de hombres y mujeres que alguna vez obtuvieron un pasaporte para viajar.

Lo dejó sobre la mesa y abrió el closet. Había dejado camisas, pantalones y zapatos. ¿Era un mensaje? ¿Una leve esperanza de regreso? Volvió a la sala y entonces vio las llaves. Los objetos que dejamos atrás, un poco al azar, tirados o escondidos, reportan olores, imágenes, breves latidos desordenados del corazón. Es posible que se lleven consigo minúsculos fragmentos de la memoria. Y nos acercan a la vejez vacíos, desnudos. Esas llaves —cuatro—, reunidas en torno a un anillo de metal barato, le dijeron que ya no habría ningún ruido en la cerradura. La ropa en el closet le pareció un gesto de crueldad. Era propio de él: hacer pequeñas cosas que provocaran dolor. Cosas aparentemente inocuas, como rayar una sartén de teflón con una paleta de aluminio y arruinarla.

O leer un texto de ella y limitarse a subrayar la falta de una cosa o un punto, sin comentarle para nada el contenido. El hecho de que fuera mayor, una diferencia de más de veinte años, hacía más propicio hierirla aun sin intención. Dos cuerpos que al acercarse trataban de amoldar la lisa y tersa piel de uno y la flacidez y pliegues en el vientre de otro. Al principio, tres años antes, era eso lo que los había unido. Hacer el amor puede significar, como lo fue para ellos, una pausa, un salto al vacío, que apacigua y a la vez incita a la vigilia para largos y reconfortantes amaneceres. No importaban entonces las pesadas arrugas del rostro de ella, apoyado sobre la almohada, atento al otro y a sus historias de niño.

Permaneció inmóvil, con la mirada clavada en las llaves. No podía mirar otra cosa. Pensó que finalmente tendría dos juegos de llaves. Que cuando perdiera las suyas, cosa que ocurría con frecuencia, podría usarlas. Pero a fuerza de mirarlas, sintió que deliberadamente hacían crecer ese cerco doloroso que le oprimía el estómago y subía hacia el pecho, hasta volverse una tenaza de metal al rojo vivo. Pensó que quizá, en ese preciso momento, podía morir. Eso significó un ligero alivio. Sí. Su muerte y esas llaves serían un mensaje de cólera y rencor. Un castigo para quien estaba ocasionando tanto sufrimiento.

—Una relación se construye. Bloque a bloque, con ladrillos y cemento, como un edificio —le había dicho una noche. Y ella lo entendió como un reproche, como si le echaran en cara su

vehemencia, su pasión por lo inmediato, por el segundo que representaba para ella lo definitivo, la totalidad del amor.

Cuando desvió los ojos de las llaves, percibió la luz del amanecer a través de las pesadas cortinas. Ya no era posible sentir la protección de la noche, esa noche que estaba terminando y durante la cual había recorrido la casa, descalza, cubierta por una ordinaria y fea bata de algodón, tratando de poner su cuerpo de lado, olvidar su pesadez, su miseria de cincuenta años. Sólo quería que retumbara en el silencio su memoria. Exigía ver flotar en la oscuridad sus ideas, su pena, su razón. La luz de la mañana unió de nuevo los fragmentos del espejo. Estaba entera, su libertad para sufrir había terminado.

Regresó al closet y, sorprendida, descubrió, colgado cuidadosamente, su pantalón favorito. Un viejo jean desteñido que ella se aplicaba en planchar, hasta marcar impecablemente el pliegue delantero. Una leve náusea le llenó la boca de saliva amarga. Había fumado y bebido café toda la noche. Se inclinó sobre el lavamanos obligándose a vomitar. Pero sólo espasmos convulsivos salieron de su garganta. Sintió en el interior de la mejilla izquierda una pequeña llaga y dejó que su lengua pasara y repasara por ella. Ya no le ardía el golpe. Él lo había lanzado con fuerza, botando sus gruesos anteojos de miope y riéndose luego de sus súplicas.

—Por favor, búscalos, no veo nada —le imploró desde el suelo.

Esa risa, esa mueca, era lo que ahora la mordía por dentro, en lo más lejano y oculto de su cuerpo. Cuando una persona es golpeada con amor o con odio —¿importa acaso?— el tiempo y el espacio desaparecen. La velocidad y contundencia de los golpes apagan todo signo de vida. Lo que queda en manos del agresor es un muñeco inaninado, una pelota de hilo, una sábana henchida por el viento.

Desalentada, comprendió que ya no sentía furor. Ni siquiera tristeza. El cuarto olía a humo frío de cigarrillo. El agua del balde había mojado la almohada y sus pies desnudos chapoteaban sobre charcos. No podía ser el mismo espacio, se repitió una y otra vez. Levantó los ojos hacia la esquina del techo donde persistía la manchita de sangre del mosquito aplastado con la suela de su zapato. Siguió el recorrido de la filtración que levantaba la pintura y dejaba la pared leprosa al desnudo. Todo estaba en su lugar. Extendió la mano para posarla sobre la mesa de noche, sobre el círculo dejado por la botella de cerveza helada y el pegajoso anís. Sí. Todo en su sitio. De repente, le indignó que todo ese espacio, todos esos objetos y huellas la contemplaran como testigos hostiles. Irónicos. Habían asistido, complacientes, al dolor, a la ruptura, a la ira de dos amantes. Su mejilla adolorida enrojeció de nuevo. ¿Es posible sentir vergüenza de nuestro propio amor? Finalmente, quienes aman son débiles, pusilánimes. Recordó la frase del escritor: "Ya está bien. Basta. Ya estamos todos en el límite de nuestras fuerzas. Te

separarás de Bernard como millones de mujeres se han separado de millones de hombres”.

—¿Tienes alma? Dime ¿la tienes? —le había susurrado una noche, mientras dormía. Pero nada alteró su rostro, ni movió sus párpados, aunque ella estaba segura de que había escuchado la pregunta.

Dejó el cuarto de puntillas. Preparó otro café, espeso y amargo. La sopa fría, cubierta de una gruesa capa de grasa blanquecina, seguía sobre la hornilla. La había preparado de acuerdo a sus indicaciones. Todavía resonaba en ella su risa: —la tomaré mañana, para quitarme el ratón—. Dejó que el café le quemara la lengua, bajara hirviendo por su garganta. Se asomó al cuarto del hijo. No volvería a recoger sus cosas, ni enfrentaría más sus silencios obstinados. En medio del tumulto de dos pieles ásperas, desolladas por el odio y el rencor, había permanecido impasible, despectivo. Fue como en el teatro, la tercera víctima: el espectador aturdido por lo que le están gritando los actores. Ella esperó la mano que tocaría su hombro para consolarla. Para borrar con otro golpe la huella en su mejilla ardiente.

—Eso no es asunto mío. Arreglen su problema.

La voz glacial emergió de esa alta silueta, fornida y saludable, acunada años atrás en los mismos brazos que ahora intentaban un gesto. Cualquier gesto que cambiara el minuto, que moviera los muebles de su sitio, que abriera el espacio para una nueva casa.

El reloj de la cocina seguía funcionando. Ella creyó recordar que el del cuarto se cayó y estaba roto. Por lo menos allí el tiempo había sido violentado. Sometido al mismo dolor intenso que ahora le cerraba la vida.

“No podré vivir sin él, no podré”. Su propia voz la sorprendió. Fue casi un alivio decirlo, porque sabía que eso era una lastimosa mentira. La vida es un asunto de pequeños y grandes abandonos. De pérdidas recuperables o no. En su brevedad, fue calculada para que las personas se amaran y se abandonaran. Un ciclo perfecto de dolor: tal es la única y verdadera razón de la vida. ¿Cómo concebirla sin sufrimiento amoroso? Ella pudo, en ese momento, optar por el silencio. Apaciguar esa marea roja y turbulenta que le subía desde el vientre, salvaje, irracional. Pero decidió. Siempre le ocurría lo mismo: tomar decisiones era su debilidad, porque siempre eran decisiones equivocadas. Gritó. Vomitó largas y tediosas palabras. Se convirtió en una enorme bola de masa que rebotó contra las paredes y creció y creció hasta no dejar lugar alguno. Quería sufrir aún más. Obtener una pérdida que la dejara tal como estaba ahora: una mujer solitaria, tomando café, a la espera de una muerte que, por supuesto, no llegaría a menos que ella misma la decidiera. Pero entre sus opciones, no figuraba morir. Había abierto la puerta y vaciado la casa.

—Váyanse, no quiero verlos más.

Era su decisión. Su odio. Su resentimiento. Algo en ella se esponjó, inundó de furor los

años próximos. No habría nada más. Ni un minuto de sus jornadas para nadie. Como si bruscamente, su cuerpo se hubiera sellado herméticamente. De allí en adelante, la casa se apoderaría de ella y comenzaría un interminable cuchicheo entre muebles, vajillas, libros y una mujer que había tomado una decisión.

Buscó unas bolsas de plástico. Guardó con cuidado la ropa y vaciló ante el viejo blue jean, aunque finalmente lo incluyó. Desconcertada, vio todos los zapatos. También los había dejado. Abrió la gaveta de la mesa de noche. Fotos, carnets, papeles, una vieja carta en la que le pedía perdón por su mal carácter. La cartera de cuero estropeada y colmada de tarjetas. Poco a poco llenó las bolsas. Las miró con detenimiento. No faltaba nada. El abandono es también deshacerse de objetos que puedan alguna vez reprobarnos nuestras decisiones. No hay que ser permisivo con ellos. Pensó de repente en lo que le había dicho, después de hacer el amor con dulzura y paciencia: "Lo único cierto entre tú y yo es que yo moriré antes". Él la había abrazado con inesperada violencia:

—No... —le respondió—, la edad no tiene nada que ver con la muerte. Es posible que yo muera en este mismo momento.

Bajo la tenue luz del amanecer cargó las bolsas. El edificio estaba desierto. Abrió la puerta de la calle y las colocó bajo el árbol junto a otras llenas de basura maloliente. Una de las bolsas se rompió. El carnet, la carta y otros papeles queda-

ron a la vista. Un ligero soplo de viento las arrastró. Alguien recuperaría la ropa. Vería el nombre de él y su número de cédula. Leería la carta. Pero nada sabría de la decisión de esta mujer embata-da, que a las seis de la mañana echó a la basura todo lo que pudiera hablarle de su pérdida. Cuando regresó a la casa, vio de nuevo el pasaporte y las llaves. Y releyó la fecha de vencimiento: 1996. El abandono no sobrevivirá a tantos años, pensó. Pero fue entonces, cuando percibió la sorprendente claridad de su dolor. Y derrotarlo no sería cuestión de tiempo. Sólo esas llaves podían entibiarse en sus manos y apaciguar la violencia del sufrimiento. Las apretó entre sus dos palmas y se acostó en el lado de la cama que él ya no llenaría. Cerró los ojos y dejó que el mundo echara a andar de nuevo. Sin ella.

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| Presentación a la segunda edición / <i>Blanca Elena Pantin</i> | 5 |
| Prólogo a la segunda edición. | |
| Apuntes de una extranjera / <i>Claudia Schwartz</i> | 7 |
| Presentación a la primera edición / <i>Elisa Maggi</i> | 19 |
| Prólogo a la primera edición. Miyó Vestrini o un esfuerzo desmesurado del corazón / <i>Silda Cordoliani</i> | 21 |
| La República del amor / <i>Miyó Vestrini</i> | 27 |

ÓRDENES AL CORAZÓN

| | |
|--|-----|
| Todo el santo día | 31 |
| Órdenes al corazón | 44 |
| Sinceramente tuya | 46 |
| El cielo del trópico | 47 |
| Eleonora | 53 |
| La reja cerrada | 62 |
| Indicaciones | 66 |
| Un día de la semana | 70 |
| El mensaje | 81 |
| La mujer que hablaba sola | 84 |
| No me alcanza el tiempo | 91 |
| El día que mi mujer enloqueció | 94 |
| El sueño | 98 |
| Castor | 101 |
| Tijeretazo | 106 |
| Gracias | 112 |
| La decisión | 113 |